BIBLIOTECA NACIONAL
0324983

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra . .
Sala en que se encuentra . 11
Tabla en que se halla 611
Orden que en ella tiene . . 11

Imp. Universitaria

AAR 1576 / c1

11(611-11)

Domingo Melfi

TIEMPOS DE TORMENTA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

11(611-11)

20292

Domingo Melfi

TIEMPOS DE TORMENTA

Publicado
bajo los auspicios del
PEN Club de Chile

Obras del Autor

DICTADURA Y MANSEDUMBRE. — Ensayo (agotado). — 1930.

PORTALES. — Ensayo (agotado). — 1931.

SIN BRUJULA .— Ensajo (agotado). — 1932.

PACIFICO - ATLANTICO. — Notas de Viaje (agotado). — 1934.

INDECISION Y DESENGAÑO DE LA JUVENTUD. — Ensayo. — 1935.

DOS HOMBRES (Portales y Lastarria). — Ensayos. — 1936.

ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA, 1.a serie. — 1938.

PANORAMA DE LA LITERATURAS ARGENTINA Y URUGUAYA. — Ensayo. — 1939.

EL HOMBRE Y LA SOLEDAD EN LAS TIERRAS MAGALLANICAS. — Notas de Viaje. — 1940

EL VIAJE LITERARIO — (Crítica) — 1945.

DOMINGO MELFI

TIEMPOS DE TORMENTA

EN EL REMATE DE UN VIEJO PALACIO SANTIAGUINO

EDICIONES LA SEMANA LITERARIA

Se ha hecho de este libro un tiraje de 50 ejemplares fuero de comercio en papel especial, numerados del 1 al 50.

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
MAR 25 1946
DEPOSITO LEGAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Copyright by DOMINGO MELFI - 1945
Inscripción N.o 11 383 — Impreso en Chile

TIEMPOS DE TORMENTA

Todo estaba en orden en el palacio y todo aparecía sin embargo, fuera de su sitio. Era un poco la imagen del tiempo presente, con sus bruscos vaivenes, con sus torbellinos de impaciencia, con sus saltos y caídas, inesperados. Todas las salas habían sido despojadas de su intimidad, pero había una en la que un resto del pasado, olvidado quizá por los subastadores o dejado allí como símbolo por los miembros de la familia, mostraba la noble prosapia de otro tiempo. Era un gran retrato, ampliación sin duda de un grupo antiguo, en el cual aparecía la "señora" sentada y rodeada por sus familiares. Tenía aquella dama opulenta las manos cruzadas sobre la falda en la actitud severa y al propio tiempo, bondadosa que fué algo así como el sello de las viejas familias patricias. Uno de los hijos, el menor tal vez, se veía semirecostado en el hombro de la madre y un poco más atrás, de pie, erguido y solemne estaba el amo, rodeado por los hijos mayores y las hijas con trajes blancos, de mangas abullonadas y amplios cuellos de encaje que les llegaban hasta la barbilla. Todo el grupo

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

respiraba tranquilidad. Parecía impregnado en un ambiente de reposo sin sobresaltos y se comprendía, con solo verlo, que la vida había sido y era para todos un lento fluir de cosas seguras y agradables. Este grupo era, en verdad, el símbolo de las antiguas familias hoy casi desaparecidas. Pertenecían sus componentes a un siglo afortunado que vió las mayores excelencias y que ahora, sus hijos, los restos de aquel pasado, incapaces de sostenerlo y de prolongarlo, lo dispersaban, poco a poco, empujados por el viento de las renovaciones irremediables. Los amos habían murto el uno después del otro y el hogar fastuoso que en otro tiempo había sido el centro de las grandes reuniones, iba a ser aventado, en pocas horas más, por el martillo del subastador.

Temprano nos acercamos esa mañana del primer día del remate al viejo palacio, construído en el último cuarto del siglo pasado y cuya gran fachada blanca diseñada en un limpio estilo florentino, había causado siempre la admiración de los entendidos en cuestiones arquitectónicas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA puerta de calle, — una enorme puerta maciza, de roble tallado — estaba guardada por un criado de librea; un hombre ya entrado en años, cargado de espaldas, cuya misión era, o mejor, había sido, la de estarse allí desde la mañana hasta la noche para recibir o despedir a las visitas que entraban y salían... Este criado había crecido, madurado y envejecido en el servicio de la familia. Conocía todos los secretos de la casa, los esplendores antiguos, a las personas que iban a solicitar algún favor, a los señores de la política, a las grandes damas que llegaban en carruaje y cuya portezuela él se apresuraba a abrir, quitándose la gorra e inclinando su torso todavía robusto. En tiempos más prósperos o menos tormentosos había sido el cochero de confianza, el que cada tarde tenía la misión de pasear a las niñas por las avenidas exteriores de la Alameda o por las del Parque Cousiño, en el negro y brillante carruaje americano, cuya caja resplandecía, bruñida y centellante. En los

días invernales cubría con mantas de lana los lomos de los caballos y por la tarde se vestía con su traje de auriga que recordaba al pintor Cavaradossi de la ópera "Tosca": botas charoladas, tarro con una roseta a un lado, abrigo largo, redingote de color crema y sobre los hombros la esclavina que caía en pliegues amplios, perfectos. En las noches de invierno, mientras la familia arrellanada en los cómodos sillones del palco, escuchaba conmovida los dúos románticos y quejumbrosos de las óperas de moda, él permanecía sentado en el pescante, envuelto en su abrigo con forro de pieles o bien, dando cortos paseos por la acera para desentumecer los pies, ateridos por el frío.

Era el viejo criado de las casas patricias, que se convierte con los años en un miembro más de la familia. Lo habían traído, de joven, de la hacienda, y lo habían educado para el servicio del palacio franqueándole poco a poco, a esa familiaridad que los amos otorgaban antes a sus criados cuanto éstos respondían con su lealtad a la confianza que se depositaba en ellos.

El día del remate de los muebles, estuvo pues, como todos los días, en su puesto. Por la mañana, mucho antes que comenzara el movi-

miento de los curiosos, dió cortos paseos por el ancho zaguán embaldosado, a través del cual se penetraba, por un costado, hacia las habitaciones de la casa. Con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza un poco más inclinada que de costumbre, iba y venía echando, de paso, hurañas miradas hacia la calle. Se veía un trozo de la Alameda y detrás de los árboles despojados de sus hojas, al otro costado del paseo, podía divisar parte del palacio de los rivales de sus amos, más afortunados, ciertamente, puesto que aún el destino no había marcado, como a éste en el que vivía desde hacía tantos años, con la cruz que señala el término de la opulencia. Instantes después comenzaron a cruzar por delante de él los primeros grupos de desconocidos que acudían a curiosear y que ni siquiera le pidieron la venia para deslizarse al interior de las habitaciones. Una fuerza obscura le mantuvo firme en su puesto como al soldado de Pompeya, citado por Spengler, y que el día de la erupción del Vesubio olvidáronse de licenciar. Permaneció sin moverse, por que era su consigna y pereció bajo la lava y la ceniza, sin abandonar su sitio. Así

lo encontraron siglos más tarde, petrificado y con las armas vigilantes, los sabios que escavaron las ruinas de la ciudad.

ESTE viejo criado santiaguino pertenecía a la clase de ese soldado romano, obscuro y sin nombre. La avalancha humana que estuvo entrando y saliendo durante tres días consecutivos — los efectos de la casa eran tantos que la subasta no pudo hacerse en un solo día — debió parecerle a su mente simple, algo así como el arrasamiento de una vida consagrada al servicio de una vieja tradición. Era el hijo de la tierra que había entrado a servir a los amos poderosos y su naturaleza humana elemental, se había identificado con el curso inalterable de la existencia de quienes no sólo le había otorgado su confianza sino además le pagaban puntualmente su soldada. No tenía otros pensamientos que los que insinuaban sus amos y no había para él otra consigna que la de permanecer en el sitio que se le indicaba. Con los muebles que muy pronto saldrían hacia todos los rincones de la ciudad, se escaparía el alma de la casa y quizá, el espíritu de esos amos para él, hombres preclaros y casi

inviolables. El no conocía el secreto exacto de esta inesperada mudanza. No comprendía con claridad a qué sino fatal obedecía semejante trastorno, y no alcanzaba a sospechar todo el fondo de una situación que desde hacía tiempo venía transformando la vida de los amos y de muchas de sus relaciones, de las cuales había podido oír, en las conversaciones sorprendidas a medias. sombríos vaticinios... Evocaba, por analogía inexplicable, los tempestuosos días del invierno en la hacienda, cuando los vientos huracanados que soplaban con furia, derribaban algunos de los grandes árboles del parque señorial...

En verdad los tiempos habían cambiado en forma vertiginosa y ya no era posible mantener el boato de otras épocas. Aunque su razonamiento no era, por cierto, tan preciso, se daba perfecta cuenta de que la mansión inmensa iba a convertirse, sabía Dios en qué cosa, y sus amos debían, cada cual, ocupar otros sitios y otras casas en barrios distintos de la ciudad. Ya no habría puerta alguna que guardar ni tenía porqué vestir esa levita azul con botones dorados, que cada mañana cepillaba con pulcritud antes de ir a colocarse en su puesto, junto a la maciza puerta de roble tallado. El se iría al campo, a

un pequeño fundo que habían conservado del patrimonio común, los amos más jóvenes, herederos de parte de la antigua fortuna. Como no podía abandonar a los que había conocido de niños y a los cuales había llevado, en sus juegos sobre sus anchas espaldas y como éstos guardaban para el "viejo José" una confianza inalterable, se había dispuesto que siguiera al servicio de la familia en una ocupación que ya se le indicaría. No le quedaba ya mucho que vivir. Los años vividos pesaban con exceso sobre sus espaldas y su corazón leal sufría el amargo choque con una realidad que apenas si podía abarcar en toda su dolorosa magnitud.

Todo se presentaba para él hosco y taciturno. Hbía escuchado, a veces, a sus amos, palabras acongojadas, fragmentos de conversaciones que hacían entrever situaciones difíciles y un soplo de ausencia y de melancolía infinitas, se deslizaba desde hacía tiempo por los historiados muebles de los salones. Algunas veces, y esto había ocurirdo antes de la subasta, entraba a la biblioteca de la casa para contemplar el gran retrato, de tamaño natural, del jefe de la familia, al que había conocido cuando era un mozo. Y creía entonces escuchar su voz varonil.

Evocaba al mismo tiempo, sus ademanes amplios, su sonrisa franca, su mirada noble y altiva a un tiempo. Recordaba cuando le abría la puerta cada vez que salía a dar su paseo cotidiano por la Alameda. Iba siempre vestido de levita negra y sombrero alto y llevaba invariablemente en su mano derecha el bastón con empuñadura de oro, regalo de sus admiradores políticos. Regresaba al anochecer con un grupo de amigos. Entraban todos charlando a la biblioteca cuya chimenea de mármol, si era invierno, él había cuidado de encender para recibir al amo y allí se estaban hasta la hora de comida. La noble prestancia de aquel hombre nunca se había borrado de su memoria y al mirar ahora, la imagen que el pintor había grabado con tanta precisión en la tela, no podía ocultar una profunda emoción.

El primer día del remate, mientras desfilaban por delante de él, sin siquiera mirarle, los grupos inacabables de curiosos, su corazón estaba lleno de ira y en los ojos le brillaban lágrimas de indignación. Desaparecía por minutos, hacia el fondo del patio que se veía lleno de árboles y en el que nadie podía entrar; se secaba, en un rincón, las lágrimas que se abultaban en sus párpados y luego volvía a su puesto. Na-

die se daba cuenta de esta silenciosa tragedia; nadie sospechaba todo el dolor de ese viejo corazón que muy pronto debía abandonar para siempre la mansión en la cual había vivido tantos años y en la que había sido el soberano de ese ejército de sirvientes que, desde hacía tiempo había comenzado a dispersarse, como muy pronto, los muebles, hacia todos los sitios de la ciudad.

ENTRETANTO, circulaba por los salones, atropellándose, una compacta y heterogénea muchedumbre. La muchedumbre que invade siempre las casas antiguas cuyos muebles y obras artísticas, se dispersan por orden de los herederos o por el ímpetu inexorable de crisis económicas profundas. Algunos palacios de otro tiempo habían corrido ya la misma suerte de este hogar esplendoroso y sus obras de arte, vajilla y muebles antiguos habían sido ya arrojados a los cuatro vientos de la ciudad.

En las manos de los nuevos ricos desaparecía poco a poco, la tradición, el alma opulenta de los fundadores de la nacionalidad, el perfume de las antiguas elegancias. En los departamentos modernos, fríos y desolados en su misma engañosa intimidad, se acumulaban los bargueños de madera de sándalo, los bronces artísticos y los muebles importados. En los rincones y pasadizos obscuros de los almacenes de anticuarios, se veían los sillones decorados por artistas famosos

y los pesados armarios de caoba que las subastas habían ofrecido en medio de una lucha ceñida de intereses y de secretas arrogancias.

Ahora, en el remate de este viejo palacio, los visitantes palpaban los objetos, se arrellanaban sobre los muebles de auténtica prosapia francesa, frotaban sus dedos en los pesados cortinajes de brocato y pasaban y volvían a pasar sobre las alfombras de Bockara y de Wilton. Algunos petimetres de las nuevas generaciones, estaban tendidos a todo lo largo, como en su casa, sobre los sillones Luis XVI, traídos de París y copiados, según se decía, por célebres artistas, de los que existían en el Palacio de Quay d'Orsay. Grandes lámparas de baccarat, encendidas, hacían chispear con destellos rutilantes los dorados a fuego de los muebles, las vitrinas llenas de figulinas de marfil y los jarrones modelados por Bernard Moore o los bronces Barbedienne.

Igual que si se tratara de un salón de té a la moda o de una sala de cine cuya inauguración se hacía en esos momentos, las mujeres elegantes se habían dado cita en el palacio y se saludaban, al encontrarse, con bulliciosas muestras de alegría.

comunicaban los esplendores de los adornos, la suntuosidad de las habitaciones, el rico y fantástico prodigio de las vajillas y cuadros y figuras antiguos.

Y los que aun no habían acudido a curiosear, o a conocer de cerca la intimidad o por lo menos el interior de un hogar aristocrático, se daban unos minutos de tiempo para correr a constatar con sus ojos, la verdad de aquellas maravillas. Y así el río humano, crecía, se ensanchaba, penetraba, afilándose por las puertas como por una estrecha garganta de serranía, se apretujaba ávido y gozoso, admirado y sorprendido. Un rumor de colmena llenaba la casa y todas las manos palpaban, hurgaban, se metían por entre las sábanas de las camas, por encima de los tapices, abrían y cerraban los cajones de las mesas, dejaban sus huellas en los espejos o en los bordes de los objetos de cristal. Una clase media enriquecida y difícil de catalogar, que jamás había conocido una intimidad como esa, había sentado allí sus reales y dominaba el recinto con la soberbia natural que concede la riqueza. La vieja historia del país aristocrático recrudecía en aquel palacio, en la hora undécima, cuando los resortes habían aflojado en medio del rumor de la

catástrofe social que todos vaticinaban como inevitable.

Los agentes de pesquisa recorrían los salones, confundidos con la muchedumbre. Seguían y vigilaban el impaciente movimiento de las manos los gestos rápidos, las miradas ansiosas y fijas sobre las porcelanas de Saxe, sobre los pequeños objetos de marfil, en los cuales la fantasía del artista había modelado relieves de prodigio. Era preciso estar alerta, porque el remate es el trastorno, una especie de tormenta que devasta y tritura, sin desordenar enteramente una casa. Pero aleja y esconde los objetos, los mueve de sus sitios, los hurta por un momento a la vigilancia, para hacerlo aparecer de nuevo en otro lugar, en el eterno y subrepticio movimiento del instinto, ávido de apropiárselo. Todos podían penetrar en los salones y todos podían sentir en un momento fugaz, obscuro e indefinible, esa tentación, que hace palidecer el rostro y secarse la lengua...

UN palacio viejo, en subasta, es quizá, el sitio más impresionante de la debilidad y de la vanidad humanas. El hombre de la calle que va hacia un lugar determinado, siente un impetuoso deseo de sumergirse en él, por algunos instantes. Es el lugar de una aventura imprevista y el refugio para una cita. Es también el centro de la evocación y de la contradicción, tanto como el estertor de una época que muere. El artista, el hombre de negocios, el diletante, el poeta, el indolente, el cazador de aventuras, el nuevo rico ostentoso, la mujer mundana; todos buscan por unas horas, ese lugar de agonía o de victorias, de iras o de encontros o de simples encuentros.

Sus salas fulgurantes traen a la memoria viejos tiempos de opulencia, horas lejanas e irretornables. Se vuelve a ver las reuniones familiares, las fiestas y los saraos. Desfilan las parejas por los amplios salones: las damas cubiertas con sus trajes de seda y moviendo sus aba-

nicos de plumas y los hombres enfundados en sus pecheras blancas y sus fraques impecables. Se torna a escuchar el rumor de las frases apretadas por las confesiones, las palabras de amor, las interjecciones rápidas y apasionadas del deseo. Entre las palmeras enanas de hojas lustrosas, se ocultan los rostros enamorados. Se abren en los recuerdos, los salones como rectángulos de luz y sentadas a los lados las damas graves, las madres solemnes que esperan tiesas en sus vestidos de moaré o terciopelo negro, con sus placas de brillantes, sus manos enguantadas, cruzadas sobre las faldas y sus peinados altos y complicados.

¡Hermosas y mayestáticas...!

Los compases de los valses "Danubio Azul" e "Invitación al Val", vuelven a resonar, amortiguados, en el giro romántico de suaves y lánguidos revuelos de faldas. El torbellino silencioso parece compendiado en la imagen de sueños vaporosos: cabezas rizadas y rubias se balancean con los ojos semicerrados muy cerca de cabezas varoniles de jóvenes pálidos y ojerosos. Viñetas en fin, semiborradas, desgastadas, derruídas en la corriente presurosa del tiempo sin retorno...

Se ven allí, apoyados en una columna, mientras la muchedumbre pasa y repasa, los que van

a evocar, sin decírselo a nadie, tiempos de esplndor y de ensueños y a lamentarse de los tiempos presentes.

Otros hay que van a los remates a dar rienda suelta al encono, acumulado durante años contra los antiguos moradores; a sentir el secreto y mórbido deleite de la venganza de asistir a la dispersión de lo que fué grandeza y soberbia. Venganzas políticas, viejos rencores de familia, arcaicas reyertas de antepasados que florecen en los troncos nuevos, como el quintral sobre los álamos y que en un segundo se presentan para atormentar el corazón de sus víctimas.

Hay también los que asisten como al funeral de sí mismos. Entran sigilosos y pálidos y recorren, en silencio, las habitaciones. El corazón camina oprimido y acongojado. Tienen algo de románticos, algo de soñadores o un hondo sentimiento que se agita como una ola en lo más secreto del corazón. Es la casa en la que transcurrieron horas y días alegres, en la intimidad de los que allí habitaron y a cuya mesa se sentaban, a menudo, para alternar con más familiaridad que los propios parientes... Y sienten como si se anticipara en cierto modo, el desastre final, la caída inevitable en la fosa, el doloroso e inexo-

rable término de todo lo que fué... Y la evocación es amarga, por lo mismo que se asiste a la fuga de los muebles que sirvieron en otros días de reposo y de seguridad, en las charlas lentas, en el ambiente de confianza, en la recíproca lealtad de la discresión y de la reserva.

Y todo este marco en el que la familia y las relaciones, dejaron el soplo de su espíritu y de sus pensamientos se desliza por la ancha puerta, se aleja para siempre, para ir a contemplar otras intimidades, otras almas, acaso enemigas. Los tiempos son difíciles y son desapacibles. Lo más antiguo se despeña en el alud de la renovación. Caen de sus marcos los arcaicos retratos de los antepasados y los rincones de las estancias familiares se llenan de voces nuevas, de impacientes arrogancias. Las manos ávidas retuercen el cuello a la ancianidad. La arrojan luego a la calle helada y llena de voces exasperadas e irritadas. No hay calma sino inquietud, no hay reposo sino violencia, no hay serenidad sino vorágine, precursora de cambios más hondos...

Si la tradición ya no es respetada, ¿cómo conservar incólume la tradición? El antiguo boato de esos palacios se hizo con las piedras arrancadas a los minerales de Potrerillos, Tamaya, Chañarcillo, en la edad del bienestar económico. La capital crecía sin prisa. Del desierto venía las cargas pesadas del oro y de la plata. Se acumulaban tesoros magníficos y la organización política y social permitía este crecimiento enorme de la riqueza en las manos de hombres emprendedores. El ancho camino de las zonas norteñas estaba trajinado por estos pioneros de la explotación mineral. Se cargaba el metal en los puertos y de todas partes del mundo se acercaban a sus muelles los barcos ansiosos de llevar el rico tesoro.

Santiago levantaba sus palacios coruscantes, bebía champaña, licores importados y derrochaba su riqueza. Venían príncipes europeos a visitar las casas de los millonarios y las mujeres lucían joyas fantásticas en sus pechos. Una calle había

sido pavimentada con duelas de madera. Sobre ella, apenas si resonaban las llantas de las ruedas y los cascos de los caballos. Esa calle era ya el Barrio de Saint Germain del pequeño "París chileno". Hileras de palacios se miraban unos frente a otros y por la Alameda de las Delicias, por la que habían entrado en otro tiempo los vencedores de todas las guerras, se levantaban, en ambos costados, residencias con cúpulas doradas que brillaban como los palacios bizantinos, al sol esplendente de Chile. Desde Europa, a donde acudían las familias a gozar de las riquezas acumuladas en la explotación de las minas y las tierras agrícolas, se traían muebles valiosos, cuadros de pintores célebres, maderas de cedro, caobas riquísimas, espejos y tapices. Las cúpulas que coronaban, en algunos palacios, el gran hall central de la residencia, estaban labradas en madera de cedro. Las gradas de acceso a alguna mansión, eran de granito. Se copiaban las líneas de tradición en Europa. Todo se impregnaba en el espíritu extranjero, en la imitación de los modelos del viejo mundo. Y todo ese aroma, si en verdad hablaba con elocuencia de la fortuna metálica de sus poseedores no imponía, por el espíritu, la total energía de la tierra sobre la cual estaban edificados

los palacios. La riqueza minera y agrícola y más tarde la explotación gigantesca de las salitreras, permitieron el despilfarro en Europa, de los caudales acumulados. Porque no había otra forma de satisfacer la vanidad santiaguina que el paseo por las viejas ciudades europeas, cuyas suntuosidades no era posible copiar sino a costa de ingentes derroches. Arquitectos franceses trazaban planos para algunas residencias de millonarios y también las decoraciones eran hechas por artistas europeos. Los interiores y aún ciertas fachadas evocaban las minucias de los estilos pompeyano, morisco, Tudor o florentino.

Un príncipe que estuvo, de paso, en Santiago en 1887 y que fué invitado a bailes y comidas, declaró que sólo en las fiestas europeas había encontrado igual fausto, igual boato y elegancia. Se consumía más champaña que en Bélgica y más que en cualquiera otra ciudad europea, como veremos más adelante. Naturalmente no existía o no palpitaba en el corazón de la gente joven, heredera de la fortuna de sus mayores, un afecto muy profundo por las cosas nativas. Si existía una organización administrativa admirable y fuerte, recia y sólida, ello no excluía la presencia de un "rastacuerismo" que debilitaba

la riqueza privada y lo que es más sensible, la vieja y severa tradición.

Junto a los palacios suntuosos se levantaban a duras penas, en largas y sombrías barriadas, las viviendas miserables de los pobres. Un viajero norteamericano, Teodoro Child, escribió en 1890 lo siguiente, que es una muestra y una corroboración de lo que decimos: "Los pobres viven en conventillos antihigiénicos y casuchas en que se manifiesta un abandono aún más miserable que el del campesino ruso. Para los peones la vida es, realmente, una pruba en que el sobreviviente ha debido pasar por las críticas penalidades de la infancia y, gracias a esto, la mortalidad entre las clases pobres es enorme".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ESTA fué la contradicción permanente en la vida chilena y especialmente en la vida santiaguina. El siglo XIX vió suntuosidades sociales de vívida prosopeya, pero contempló y dejó en largo y abundante olvido la miseria y el abandono inverosímil de la gente humilde. Se dejaron pasar oportunidades magníficas de reparación de las injusticias y ese elemento que viajaba hacia Europa y retornaba para lucir sus prendas adquiridas en París o Londres en las calles y salones santiaguinos, no se detuvo nunca a pensar o si lo pensó lo guardó muy adentro de su alma, en lo que signififcaría con los años, para la estabiildad y solidez de la organización social y política chilenas el trágico vegetar del pueblo. Porque naturalmente el campesino, el huaso, llevaba una existencia más acogedora y más humana, gracias al sentido patriarcal de la mansión solariega de las haciendas y tenía al alcance de su mano, el alimento abundante y la generosidad de los patrones. La existencia obscura y

supersticiosa del campo tenía como centro de vitalidad, el antiguo concepto de la encomienda, corregido y suavizado por las ideas de progreso. en el siglo pasado. En muchos fundos los peones y mayordomos vivían con relativa holgura, al amparo de la benevolencia de los patrones. Tenían sus viviendas cerca de las casas del fundo, asistían a los oficios divinos presididos por los amos, cuidaban de las cosechas, se les proporcionaban algunas cuadras para el cultivo y, a veces, acompañaban a los hijos de los patrones en las excursiones veraniegas. Eran leales por una especie de compenetración orgánica de sus vidas con la tierra que les prestaba sustento y muchos de esos peones nacían, crecaín y morían, ya viejos sin haberse alejado nunca de la hacienda. Sus familias continuaban viviendo allí y se traspasaban, unos a otros, la herencia de lealtad a los amos.

En la ciudad las cosas eran distintas. El trabajador no hacía vida común con los dueños de las inlustrias o con los señores de la aristocracia política o social. Vivía en los barrios apartados, en convertillos pestilentes, sin luz, con toda su prole metida en dos metros cuadrados. Ganaba un jornal misérrimo y sus hijos morían pequeños,

víctimas de las malas condiciones higiénicas que estaban obligados a soportar. Este concepto de la vivienda limpia, con aire, luz y medianas comodidades, no es una creación actual, sino una cosa vieja en la que sin duda debió pensarse mientras el torrente espeso de la riqueza bajaba, hinchándose, desde los minerales, primero de Chañarcillo, Guayacán y Tamaya y luego, desde el desierto petrificado de las salitreras, hasta el corazón opulento de la capital, en la que estaban las residencias elegantes, los Ministerios, las Cámaras, las Universidades, las organizaciones políticas y todo ese ajetreo vertiginoso que forma una ciudad grande.

ESE día en las salas del palacio en subasta, se escuchaban comentarios inverosímiles, frases doctas, palabras de ciega admiracinó, juicios vulgares, exclamaciones estúpidas, voces de encono... Había las bocas mudas y golosas de los nuevos ricos, ansiosos de poseerlo todo, sin comprender ni siquiera el valor de las cosas insignificantes; los gestos que petrifica la ignorancia de los que nunca han poseído nada; los rictus desgarbados, sin elocuencia o demasiado elocuentes en su misma inexpresión, de aquellos que por primera vez han pisado sobre alfombras finas y se han deslizado junto a muebles magníficos. Algunos rostros ratoniles se inclinaban sobrecogidos sobre viejos arcones y cofres de madera, tallados como poemas. Algunos petulantes se daban aires de importancia, como si en la vida hubieran hecho otra cosa que discurrir entre muebles y objetos de arte. Observaban las telas que pendían de los muros, frunciendo los párpados y alejándose un trecho, tal

como lo hacen los entendidos en las salas de pintura.

Algunas mujeres cuchicheaban, misteriosas; se decían al oído frases sibilinas, señalaban con un impulso del mentón algún mueble y volvían a conversar en secreto. Evocaban quizá sus casas o departamentos adornados con esos objetos de estilos fríos que la industria vulgar fabrica a granel para tentar la vanidad ignorante de los advenedizos. Observaban con expresión confusa los tapices de Tabriz o de Moshul corrigiendo rápidamente sus gestos embobados, cuando se sentían observadas.

Había también las damas equívocas que iban a arrellanarse en los sillones azules de estilo florentino, una pierna sobre la otra, en la actitud de desmadejamiento que se adopta cuando se quiere demostrar que todo lo que ocurre no tiene para ellas secreto. Encendían sus cigarrillos y echaban al aire, espesas bocanadas de humo. Luego se daban polvos y rouge y parecían encantadas de encontrarse allí, en esos salones que la vieja aristocracia había llenado, en días más venturosos, con sus damas impresionantes y sus varones vestidos en Londres o en París.

Había la dama elegante que se había que-

dado como ensimismada, enamorada de súbito del bargueño italiano del siglo XVIII, de palisandro con incrustaciones de marfil. La dama custodiaba el mueble como si ya le perteneciera. Su mano enguantada recorría la superficie, frotando lentamente como sobre una piel adorada; estaba también el anticuario enamorado del Cristo de marfil italiano antiguo, de vislumbre casi etérea, luminoso en la precisión de sus líneas musculares; había el judío tembloroso que hurgaba los cofres de madera de sándalo, hacía sus cálculos y se relamía frente a una tela que los expertos atribuían a un primitivo italiano: Fra Bartolomeo. Un pintor muy conocido examinaba los cuadros de Guirand de Scevola y de Manét. En un grupo estacionado en el comedor un hombre alto, calvo, de rostro pálido y fofo, de voz desagradable y ronca, ponderaba por cierto, para ser oído, la riqueza de la vajilla de plaqué de Cristofle, y recordaba las lejanas noches fulgurantes de las fiestas de ese palacio a las cuales, por supuesto, él había asistido. Las luces que habían sido encendidas desde temprano, enormes lámparas como monstruosos animales de escamas fosforecentes, arrancaban chispas de oro a los bordes de los cristales de Baccarat y

untaba, con un brillo de pomada, los rostros sudorosos de los hombres.

Había también los expertos en libros que recorrían ávidamente los estantes, cerrados, con puertas de vidrio y a través de los que apenas se podían leer los títulos y autores. Todo era allí francés, lo mismo las revistas antiguas, separadas en diferentes paquetes, como las obras de ilustres autores. No se descubría ni por descuido, un libro chileno. No hacía falta en aquel extraño ambiente europeo. Sin duda, la precaria literatura nacional no sólo habría estado fuera de tono sino que nada hubiera dicho a los moradores de la casa y sólo las sombras inmortales de Dumas, Víctor Hugo, Taine, Brunetiere, Balzac, y de algunos otros erraban, complacidas, en esa atmósfera de lujo. Había una colección completa de la **Revue de deux Mondes,** oráculo de la sabiduría ecuménica de los santiaguinos; y varias colecciones de obras de pintura con reproducciones magníficas de los cuadros más célebres de todos los tiempos.

El espíritu de la tierra no vibraba allí. Parece increíble que nadie, en la casa, tuviera la curiosidad de conocer el pensamiento de los compatriotas. Es evidente que para un espíritu ob-

servador, enamorado de lo criollo, esta ausencia debía producirle un profundo desencanto. Allí estaba, tal vez, la clave de esa oculta desnacionalización que fué el más curioso fenómeno de una sociedad esencialmente criolla por la naturaleza de sus costumbres y fundamentalmente europeizante por la exterioridad de sus aficiones. Se rodeaba de lujo importado y no concebía quizá, que un artista criollo, decorara los interiores de los palacios con motivos extraídos de la naturaleza o de la historia. ¿O es que consideraban tal vez, con piedad, que lo artístico criollo era tan insignificante que, al mezclarlo con lo europeo, no podría sufrir la vergüenza degradante de la comparación? Todo es posible...

También existieron casas en las que sólo se servía a la manera europea. Los manjares como los vinos eran todos extranjeros. Fué en la época de las empresas afortunadas cuando, como se ha dicho, la riqueza agrícola y la riqueza minera despertaron emulaciones y vanidades lugareñas y echaron hacia el Viejo Mundo a las familias santiaguinas. Se comprende así que un novelista como Blest Gana, que vivía desterrado voluntariamente en Europa, volviera el rostro hacia la tierra que había abandonado, hacía años, y sólo

pintara en sus novelas, el ambiente y los personajes de su tierra natal. Blest Gana nostálgico de su país, revivía así, en la composición de sus novelas, lo que había perdido para siempre. Tornaba a sentirse criollo, escuchaba el canto de los pájaros campesinos, el rumor de los esteros, el susurro de los álamos en los caminos de los fundos. Los patios de las viejas casas de adobes, de anchos corredores, revivían en el corazón del diplomático expatriado. Y como estaba cerca de los compatriotas que derrochaban en Europa el fruto de la riqueza extraída del suelo nativo y observaba, de cerca, sus vidas de dilapidación y de placeres, sumergidos en el océano de un ambiente que ni siquiera los cotizaba, sino a título de advendizos, los estudió y los encerró por fin, para eterna condenación, en las páginas de su novela **"Los Trasplantados"**. Eso eran los sudamericanos en París; seres frívolos, almas desarraigadas, sombras que vagaban por los boulevares y cabarets y casas de juego y que se sumaban a la espesa corriente de los **"rastacueros"** fingiendo una riqueza mayor de la que, realmente poseían.

TODO un pasado de esplendores y de boato se liquidaba, pues, en esos días. Toda una época terminaba allí, sin gloria, sin heroísmo alguno, al compás del martillo del subastador que caía implacable como sobre la tapa de una urna debajo de la que se hubiera tendido a olvidar o a morir, la vieja y fatigada alma antigua... Toda la época agrícola y autoritaria, la de las calles silenciosas y los interiores herméticos, sólo accesibles para lo componentes del mismo clan, toda la época de la organización política y administrativa, finalizaba en esa ceremonia corriente, coreada por las voces frías de los comerciantes del tiempo actual, por los gestos arrogantes de los nuevos ricos, ávidos de poseer la riqueza de las viejas casas aristocráticas, por las de mujeres de insolentes elegancias que habían acudido para sorprender los secretos de las alcobas "oligárquicas".

Un pequeño mundo heterogéneo, compuesto por todas los desechos, por los elementos de las nuevas clases sociales que flotan después de to-

das las conmiciones políticas, se había dado cita en los salones suntuosos y asistía con sonriente desenfado, como en una fiesta, a la reducción y dispersión, un poco trágicas, de una fortuna acumulada después de grandes sacrificios y a lo largo de casi una centuria... Allí estaban los burgueses enriquecidos en nuevas y misteriosas especulaciones, los políticos surgidos en el impetuoso avance de la democracia, los semitas, que habían llegado hacía poco al país, y que habían traído sus caudales para comerciar con estas sociedades débiles o para invertirlos en joyas preciosas, en muebles antiguos o en tierras que sus dueños no podían explotar. Gestores o funcionarios públicos, de grandes rentas, cruzaban los salones, con la ostentación soberbia de su fuerza y de su seguridad; se veían algunos norteamericanos que andaban en busca de antigüedades típicas, y que examinaban con desencanto esos muebles o vajillas que ya ellos conocían de memoria en los países de Europa; algunas damas aristocráticas, divorciadas o queridas que se odiaban mutuamente, examinaban los muebles de Maple, de Garbier o de Kieger y algunos anticuarios acariciaban con sus dedos rampantes los sillones tapizados con terciopelo de Florencia o de

Utrech. Mujeres equívocas que habían oído ponderar a sus íntimos, la fastuosidad de la casa, paseaban la incitante voluptuosidad de sus cuerpos gozados en todas las bacanales, por entre los salones sobre los cuales flotaba esa atmósfera indefinible, mezcla de perfumes y de humo de cigarrillos. Y al margen de toda esta plana mayor de subastados, pululaban los petimetres sin fortuna, los empleados de oficinas fiscales, los estudiantes y militares, las damas de clase indefinible, gente, en fin, ansiosa de sentirse un momento en medio de la decoración rutilante de un palacio célebre por sus saraos y sus fiestas magníficas.

En días más tranquilos, en los años de infancia, mucha de esa gente vió desde la acera, en las noches de baile, penetrar las damas envueltas en sus capas de pieles y a los varones con sus abrigos sobre sus trajes de etiqueta. Desde la acera, apretados contra la gran puerta de entrada, debajo del resplandor de las luces, en dos hileras estupefactas, habían visto desfilar el cortejo interminable de los invitados. Llegaban los carruajes brillantes, echaban su carga de mujeres y jóvenes y daban paso a los nuevos carruajes. Los cocheros de casa gran-

de, con sus trajes magníficos, hacían vibrar en el aire el látigo sobre las orejas de los caballos y éstos partían obedientes, entre un ruido de cascos y de cascabeles... Desde el fondo de la casa salía hacia la calle, el rumor vago, misterioso de las músicas y las conversaciones. Y ahora... Ahora todo eso se deshacía, se despedazaba, huía como la bruma sobre el mar, y ellos... los ayer modestos y tímidos o simples comparsas estaban allí, adentro, pisando las alfombras, sintiendo el caer misterioso de esa casa opulenta y firme como los robles... Mudanzas y signos irónicos del tiempo...

Mudanzas amargas que no pueden justificarse sino por esa obscura indolencia que se reviste con las formas de la fatalidad y que hiere misteriosamente a quienes no han sabido contener el vértigo artificial y a quienes han sido víctimas del egoísmo desenfrenado de vivir como si el mundo no tuviera placeres sino para ellos.

La sonrisa desdeñosa de las mujeres, poseedoras de un gran nombre, no bastaba para pulverizar estas arrogancas de los nuevos ricos, de esas mujeres recién aparecidas que llevaban las espaldas cubiertas de pieles finísimas y que soportaban el peso de joyas esplendorosas. Con un

solo movimiento del mentón, éstas dictaban sus órdenes a los martilleros. Por encima de las cabezas afiebradas lanzaban la mirada recta y desafiante haciendo cambiar totalmente el índice de la subasta. Cuando alguien aumentaba la postura, ya ellos estaban preparados para subirla, con un solo guiño. Muebles sin historia alguna, eran adquiridos por sumas fantásticas; muebles que habían sido puestos allí por misteriosos interesados en desprenderse de las bazofias que ocupan sitio en sus casas, ocasionaban duelos increíbles entre gente que ansiaba poseerlos. Los interesados se relamían en secreto, saboreaban la íntima venganza de ver cómo los nuevos ricos, atraídos o engañados por los avisos que se publicaban en los diarios, creían con la fe del carbonero, en la legitimidad de esos muebles y ofrecían por ellos, en la victoria final, sumas astronómicas...

Porque empezaba ya a mostrarse otro género de venganza; la revancha muda contra el rico insolente que había hecho su fortuna a punta de especulaciones afortunadas o que había acumulado su riqueza mediante negocios de dudosa procedencia. Las fortunas tenían ciertamente una historia. Pero estas nuevas fortunas carecían aún

de registro. No estaban apoyadas sino en el obscuro movimiento de las mareas de bolsa, en el contragolpe de las audacias ilimitadas, en el torbellino de las pasiones políticas. Se movían todos en los salones de ese palacio al mismo ritmo. Unos para sufrir el tormento de la decadencia y los otros para saborear el inquieto placer de la posesión. Así como la historia política se había transfofrmado y ya el Parlamento no era ni la sombra de lo que antes había sido, así también en las casas en remate, como en las salas de teatro o en los casinos, una muchedumbre nueva, un núcleo social hasta ayer inexistente, dictaba su voluntad, invadía con apresuramiento los sitios que la otra clase creía de su exclusivo usufructo.

Y en este vaivén espeso, todos aprovechaban. Ya no había casa antigua que no encerrara en sí misma la seguridad de una subasta valiosa y formidable. Cualquier palacio viejo, cualquiera de esas grandes residencias de que aun podía envanecerse el Santiago de fines del siglo, constituía una posibilidad de riqueza, una mina de imprevistas maravillas. Los salones estaban llenos de muebles valiosos, de cuadros de firmas auténticas, de vajillas riquísimas, de platerías y cristales feéricos. Los restos del esplendor pasa-

do vivían mudos la existencia inútil a que los había condenado la transformación social. Aquellos palacios no podían mantenerse y las vajillas contratadas en los grandes centros europeos, para cincuenta personas, no tenían aplicación, en esta existencia reducida de los departamentos o de las casas estrechadas por las bancarrotas económicas o por el terror a las conmociones sociales... Eran ya sólo valores comerciales.

Centenares de extranjeros que habían ganado fortunas rápidamente, llenaban siempre los palacios en subasta. Centenares de hombres desconocidos que jugaban en la Bolsa o servían intereses políticos, acudían a los remates de los palacios. Gente, en fin, que quería emular, que quería gozar de la vida, que quería vivir entre arcaicas maravillas, traídas hacía casi un siglo, en la época del fausto y de la seguridad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

UN publicista francés, M. Pariot, se refería en 1860, con sorpresa, al comercio que sus compatriotas hacían entonces por Valparaíso y decía: "No puede menos de reprocharse a nuestros negociantes el que la mayor parte, acaso la totalidad de los cargamentos que mandan a Chile sean sólo objetos de lujo y fantasía, en lugar de artículos menos preciosos, pero cuidadosamente confeccionados, de un precio más módico y apropiado a la gran masa de consumidores, pues por más que los ricos de Chile sean lujosos, es la masa aquella la que ofrece a las especulaciones el campo más vasto y los beneficios más seguros".

Marcial González, un economista y hombre de letras chileno, enteramente olvidado, por cierto — y olvidado acaso porque dió muchas veces en el clavo y molestó a los sordos que no querían oír — agregaba, en el ensayo titulado: **"Nuestro enemigo, el lujo"** y publicado en 1874, en **"La Revista del Pacífico"** lo siguiente: "Aquí

la inmensa mayoría consume harto más de lo que produce y, vive, como vulgarmente se dice sobre la renta del año venidero. Al menos yo he podido notar muchas veces, que, cuando un extranjero, en circunstancias dadas, gasta como cuatro, un chileno gasta como diez". Y más adelante: "Decidme, señores, ¿a qué otra, sino a las crecidas inversiones del lujo, se debió la crisis del 61 y la del 67; la que venimos atravesando desde hace catorse meses (1873) y por qué persiste y se ahonda y es hasta una amenaza para las fortunas más sólidas, sino porque se ha roto el equilibrio entre la producción y el consumo, esto es, porque el país no produce ni con mucho lo necesario para saldar las fuertes importaciones que nos hace el extranjero?".

Y añadía: "Según las estadísticas comerciales, nuestra importación de mercaderías francesas el año 72, fué de 8.815,014, lo que da más de la quinta parte del comercio general a las solas mercaderías venidas de Francia que como sabéis consisten principalmente en telas finas y vestidos confeccionados, carruajes, vinos, licores de calidad, muebles y menajes de casa, tapices, grabados, encajes, pinturas, objetos de arte y otros artículos, que son no sólo de moda y

de gusto sino de lujo muy real y verdadero. ¿Qué pueblo español de este continente consume tanto como el nuestro en mercaderías francesas o más propiamente artículos parisienses que son casi todos de fausto y ostentación? ¿Nuestro comercio en estos ramos no es el doble que el de España o Bélgica, Suiza o Piamonte, limítrofes de Francia? Guardadas las proporciones respectivas, ¿no es mucho mayor el lujo de Santiago que el de Buenos Aires o Lima, Montevideo, Río de Janeiro, Florencia o Bruselas o Madrid?".

Existían pues los factores de la dilapidación. Lo habían observado no sólo los extranjeros que visitaban el país, sino algunos espíritus chilenos avizores que miraban con temor el porvenir y que conocían el secreto de las fortunas y el secreto de la existencia de muchas familias opulentas. Lentamente a medida que corrían los años en medio de este mismo inconsciente desenfreno de lujo y de placeres, los fundos tradicionales eran hipotecados y el fruto se gastaba alegremente por los herederos más jóvenes y más ávidos de vivir. Los repetidos viajes a Europa, servían para derrochar fortunas enteras, en un misterioso impulso homicida, con una alegría liviana y fácil, sin sentido alguno de los deberes

que la comunidad o el país lejano, exigía. Cuando las crisis amenazaban ya sin remedio el patrimonio común de las familias, los fundos pasaban a otras manos, gente enriquecida de la clase media que, o bien tomaba en un remate público ante notario, la posesión de las tierras heredadas o bien se apoderaba de ellas por medio de alguna unión matrimonial, fundiendo las sangres hasta ese momento, sarcásticamente separadas por el orgullo de clase...

La aristocracia, firme en su seguridad, hasta el momento en que no hubo inquietud social alguna, se agrietó más tarde debido a la indolencia casi general de esos herederos que no supieron conservar la tradición de sus antepasados, ni remozarla para hacerla servir a los tiempos nuevos. El antiguo chileno de clase acomodada, sintió la disciplina como un sentimiento; fué un hombre sobrio, trabajador, tesonero. Mientras la familia, joven e impetuosa derrochaba la riqueza, los jefefs de las tribus trabajaban sin descanso a fin de acrecentar las fortunas. Pero este fenómeno doméstico no fué permanente. A la muerte de esos jefes, si no existía una mano firme que sostuviera el esplendor de la riqueza, o una mente clara y organizada que fue-

ra capaz de prolongar la explotación de las tierars, ocurría lo inevitable. Comenzaba el debilitamiento paulatino de la fortuna, se sucedían las hipotecas a las hipotecas, y al cabo de un tiempo, como ya se ha dicho, sobrevenía la bancarrota. Parecía justificarse, en cierto modo, el viejo adagio, tan popular en los países hispanoamericanos de parecida formación: **"Padre zapatero, hijo caballero, nieto pordiosero..."**.

EN una novela publicada en 1908, existe el cuadro de esa descomposición aristocrática en los comienzos más peligrosos de su proceso. Luis Orrego Luco, tantas veces citado por nosotros, en su novela "Casa Grande", mostró al desnudo, las llagas que corroían o comenzaban a corroer el gran cuerpo social que había sido el sostén y el fundamento de la sociabilidad chilena. Los comentaristas del tiempo no vieron el conflicto. Los ojos estaban vueltos hacia la pretendida apología del divorcio que según esos críticos, era lo más saliente del libro. El divorcio era simplemente una consecuencia de la vida de despilfarro y de inconsciencia en que vivía gran parte de esa sociedad, ávida de lujo y de placeres, pero ciega para comprender que la fortuna de los antepasados debía mantenerse sólidamente asentada en una fuerte realidad. Los católicos de aquellos años pusieron el grito en el cielo. Jamás la prensa santiaguina dió alaridos más agudos y censuró con más violencia a un

escritor. Se había atrevido a presentar un matrimonio desavenido para el cual no había más solución que la separación legal. Pero esto era secundario. Lo importante, lo trágico, era la rasgadura profunda que el autor mostraba en el cuerpo de la sociedad y por la cual se filtraba poco a poco un elemento nuevo, un factor prepotente. La clase media, formada por los profesionales, por los nuevos políticos, por lo maestros, por los industriales y por los nuevos ricos que habían surgido con la afortunada explotación del salitre, golpeaba lenta y tenazmente los viejos cuadros sociales y los debilitaba cada vez más.

"Angel — escribe Orrego Luco en esta novela en su página 13, aludiendo a la falsa posición económica en que vivía el héroe del libro — era el producto genuino de un estado social de transición en Chile. Perteneciente a una familia ilustre, muy enorgullecido con su nombre y posición social, recibió de su padre, hombre de fortuna, el débil apoyo de una fianza para negocios de campo en los cuales no le acompañaba la fortuna. Había pasado algunos años en la Universidad, para conseguir el título de abogado, estudiando flojamente, como casi todos los alum-

nos, al final del año, para **calentar los exámenes**; el resto del tiempo lo empleaba en paseos, en el Café, en bailes o calaveradas más o menos estrepitosas. Igual existencia llevaban todos los demás jóvenes de su misma situación social. Los padres no se habían ocupado en darles una educación ruda y práctica, adaptada a la lucha de la vida, sino en convertirles en caballeretes de paseo, adornados de un título vacío, de un pedazo de papel inútil. ¿De qué le servía, vamos a ver, su diploma de abogado, cuando no poseía las condiciones de paciencia humilde y de labor obstinada del escribiente que pasa años de años, junto al abogado de nota, para aprender el oficio? Si sólo veía campo en el comercio o en la agricultura, ¿para que las leyes o los años perdidos en estudios ociosos? Sin preparación alguna, sin educación para el trabajo, Angel tenía demasiado orgullo para presentarse, como otros jóvenes hijos de padres ricos, en demanda de un empleo público, para quitarle su pan a jóvenes pobres. Pretenciones inveteradas de familia impedíanle seguir ciertos ramos lucrativos de comercio. ¿Qué habrían dicho sus amigos y parientes si le hubieran encontrado vendiendo o vigilando en casa de Muzard o en otra parte,

con el propósito de prepararse para establecer, a su turno, un almacén? Eso le parecía tan absurdo que apenas lo imaginaba en el descendiente de hidalgos españoles. ¿Qué hacer? No hallaba carrera en la diplomacia, en la cual sólo surgen, hoy día, los diputados y senadores a quienes se manda, por conveniencias políticas, para que hagan y digan todo género de desatinos por cuenta de la nación chilena, en una carrera que ignoran. ¿Acaso no se había reído Santiago entero de un reportaje en que un Ministro Plenipotenciario había dicho todo género de atrocidades...? El Ejército era tan miserablemente remunerado... Angel miraba en torno de sí, hallando como únicas expectativas, los trabajos de la Bolsa y el matrimonio con una muchacha rica. La Bolsa, es decir, vida de juego, de engaño, desmoralización lenta e inconsciente de juegos de azar, enmascarado con hipocresías y nombre de trabajos; el matrimonio con mujer de fortuna, es decir, dependencias del marido convertido en mujer; abdicación en muchas ocasiones, de la dignidad, de el orgullo tradicional de los Heredia".

Y más adelante al hacer en forma magistral el examen de ese extraño fenómeno moral de la

fiebre de negocios de 1905, que arruinó a grandes familias y llevó a la superficie a otras completamente desconocidas, en las jugadas más inverosímiles de la Bolsa, añadía:

"La sociedad entera se sentía arrastrada por el vértigo del dinero, por la ansiedad de ser ricos prontos, al día siguiente. Las preocupaciones sentimentales, el amor, el ensueño, el deseo, deasparecían barridos por el viento positivo y frío de la ansiedad de dinero, de mucho dinero. Y las almas veían desaparecer de la existencia todo sentido espiritual, barrido por el hecho concreto, por el apetito feroz y desenfrenado de lucro, por un sensualismo desatentado para el cual se borraba todo valor que no fuese de Bolsa. Y con qué admiración no se abría calle, para que penetrase al Club de la Unión, como soberano, el famoso Pacheco, individuo de reputación dudosa a quien nadie hubiere dado la mano seis meses antes, enriquecido de repente con la compra de títulos salitreros a vil precio, hecha de primera mano, a familias que se hallaban en la miseria, dándoles quinientos pesos por lo que había revendido a diez mil libras".

Y así, la novela entera no es más que un largo grito de agonía contra esa fiebre desaten-

tada de riqueza, contra el despilfarro inconsciente, contra el ocio de los herederos de las viejas fortunas, contra la holganza y los placeres a que se habían entregado los descendientes de las familias patricias.

UNA clase nueva había comenzado a surgir lentamente del fondo de las tormentas políticas que ya se anunciaban a comienzos del siglo. Una clase nueva a la cual pertenecían, por un lado, Pacheco, el jugador obscuro y afortunado de la Bolsa y por el otro, los elementos de la clase media que avanzaban lentamente a ocupar los sitios de los cuales iba siendo desplazada la aristocracia tradicional. Hijos de industriales enriquecidos mediante el esfuerzo y la sobriedad; de agricultores que habían sido medieros o mayordomos; de comerciantes desconocidos, inundaban las Universidades, los Liceos, los puestos públicos, los sillones del parlamento. Era la nueva formación que surgía del trabajo, del fondo de la lucha tenaz contra las adversidades; del seno de las clases más obscuras y que no conocía los placeres que eran privativos de las clases ricas. Habían sufrido escarnio y humillaciones en las mujeres, que vestían mal, que carecían de las comodidades más indispensables y que muchas

veces apenas si les permitían, en los paseos públicos, alternar en las avenidas destinadas a la aristocracia...

Esta clase formaba en los partidos populares, entre los obreros y estudiantes y con un sentido nuevo del sacrificio aspiraba un día a ser la dueña del país. Los estudiantes que seguían una profesión lo hacían con incalculables privaciones. Muchos de esos médicos y abogados que más tarde brillaban por su saber no habían tenido regalías ni placeres. Sus zapatos carcomidos indicaban la pobreza y las adversidades. Pero no transigían. Erguidos frente a la dureza de la vida, seguían adelante su consigna, seguros de que el éxito coronaría al fin sus penalidades. Cuando retornaban a la provincia o bien cuando emprendían largos viajes paar ir a ejercer su profesión en ciudades lejanas, sabían que algún día volverían a la capital para imponerse allí por su riqueza o por su ciencia.

Pero también esa clase media sin sostén en una ética profunda sería más tarde la víctima de sus propios apetitos. Porque quienes se enriquecían querían también gozar sin freno, sin control, de la vida y de sus placeres. Las hijas de los hombres obscuros enriquecidos querían alternar

con las familias poderosas. El natural instinto del lujo que lleva a los seres humanos a copiar lo que más han censurado, las haría las víctimas del desenfreno. Las fortunas alcanzadas sin grandes sacrificios se debilitan también al golpe de los despilfarros. Cuando se imita a una clase aristocrática por el sólo placer de emular o de ostentar o satisfacer secretos enconos o venganzas, se llega lentamente a la pérdida de la responsabilidad. Para triunfar del maleficio que ocasiona la riqueza o el poder, es necesario poseer una moral muy sólida, un sentido muy severo de la vida. Y esa clase social que daba los profesionales, los maestros, los parlamentarios, los jefes de los servicios públicos, carecía de una conciencia de clase, se sentía avergonzada si de ella se decía que era una clase inferior y trataba por todos los medios de hacerse perdonar su origen. Vano empeño. Si algunos miembros de la aristocracia, arruinados o en bancarrota económica, se casaban con las hijas o los hijos de los nuevos ricos, ello no significaba la aceptación total en el seno de la tribu. Siempre había la reserva reticente, la línea insalvable, la pequeña punta del desdén sarcástico o de la burla revestida de complacencia.

A partir de 1920 todo se renovó brúscamente.

Terminada la guerra europea, en 1918, sobrevinieron cambios profundos, devastaciones sociales casi increíbles. Habían surgido nuevos partidos políticos, nuevas costumbres, que lo trastornaban a esa clase fortalecida por los triunfos políticos que a la clase aristocrática. El desorden era la consigna en el interior de la familia. Los hijos comenzaban a desobedecer la autoridad de los padres, las muchachas estremecidas por el viento de la disolución que venía desde Europa, hacían su vida conforme a su propia voluntad.

Se copiaban los modos de vida de las viejas sociedades europeas, sacudidas después de la hecatombe por el sensualismo desenfrenado que era un fruto de la gran guerra. Un materialismo ciego y entorpecedor, agitaba a todos y les arrastraba a gozar como quiera que fuese, todo lo que era posible. No había otra consigna que el dinerro. No haba otro norte que el placer físico. Del fondo de la tierra brotaba un hálito quemante de sensualismo artificial que hacía crugir el viejo edificio social, construído a costa de tantas lágrimas y padecimientos.

Familias opulentas habían quedado en la ruina. Se levantaban otras desconocidas en el ambiente. Surgían arrogancias y soberbias que esa aristocracia tradicional no habría tolerado

medio siglo atrás. Pero era inevitable soportarlas, porque estaban apoyadas en los nuevos órdenes de la política y en los nuevos conceptos de convivencia humana y social. Familias que antes no se atrevían a entrar a los teatros para ocupar los sitios que antes eran exclusivos sólo de la aristocracia, ahora invadían todo, empujadas por el dinero que poseían y que sabían que era el resorte mágico que todo lo permitía y nivelaba. En Europa habían caído los tronos; se habían desecho los clanes de origen divino; habían sido anulados los privilegios sociales y había quedado al descubierto la podredumbre de los grandes jefes políticos. Igual cosa se intentaba realizar en estas sociedades nuevas, cuya tradición era incapaz de resistir el duro choque de las ásperas acometidas sociales. Se hacían fortunas rápidamente; se empujaban unos a otros en la fiera batalla por el dinero y por los cargos públicos. Una impaciencia incontrolada presidía los actos humanos, y el desorden interno provocaba la lenta descomposición de los antiguos símbolos. Naufragaban las más sólidas virtudes y se corrompían, antes de madurar, las más jóvenes.

Santiago estaba invadido por castas desco-

nocidas. Las calles se veían llenas de rostros nuevos, extranjeros ávidos que venían a comerciar en un país ilbre; en el cual todos podían hacerse ricos, si empleaban para ello, unos el esfuerzo paciente y otros, la astucia o la audacia. Las tierras eran poco a poco adquiridas por los nuevos inmigrantes, los palacios se vendían a los primeros que pagaban una buena prima de comisión y así las viviendas más fastuosas o se demolían para abrir nuevas calles y construír palacios modernos de departamentos o se subastaban en las oficinas de los notarios. El viento agrio de las conmociones fatales empujaba a todos a la liquidación de los valores, a fin de incorporarse, como mejor se pudiera, a la nuevas formas de vida o para conservar, en tierras que se adquirían o en valores comerciales, el remanente de las fortunas. Parecía como si una avalancha desconocida amenazara con barrer todos los antiguos cuadros de la vida social...

EN la vida social santiaguina existe el recuerdo de un poderoso señor, dueño de un áureo palacio, hoy inexistente, que agonizó en la pieza más retirada de la mansión, mientras un grupo de amigos danzaba y se divertía en las estancias suntuosas que daban hacia los jardines exteriores. Este potentado, según cuentan, murió solo, aislado, en esa noche feérica, casi pudiera decirse, al compás de los valses cuyos lánguidos ecos llegaban hasta sus oídos, amortiguados por los pesados cortinajes que cubrían las puertas de las habitaciones interiores. Alcanzó a oir, sin duda, las voces alegres, las carcajadas de sus invitados, las risas cristalinas de las mujeres, cuyos trajes de seda, vaporosos, él pudo admirar minutos antes.

Para esos amigos numerosos no existía la muerte que aleteaba, sin embargo, muy cerca. No la sintieron y nada del frío supremo rozó siquiera las mejillas de las mujeres. Inconscientes del drama que se desarrollaba a cortos pasos, con la impe-

tuosa sangre de la juventud en las venas, continuaron un largo rato bebiendo y cantando, envueltos en el torbellino de los valses. Saludaban a la vida con toda la potencia de sus corazones apasionados y si alguien, en ese instante, les hubiera dicho lo que ocurría, ellos habrían mostrado con el dedo al loco y habrían lanzado estrepitosas carcajadas de burla.

El dueño, entre tanto, confesaba sus culpas a un joven sacerdote que fué llamado apresuradamente por un criado fiel al que parece se le dió la consigna de guardar el más absoluto silencio. Este sacerdote que fué más tarde una gloria de la Iglesia Chilena, inclinado sobre la almohada del moribundo, trataba con sus palabras de esperanza, de llevarlo a regiones más plácidas y serenas. La música hería sus oídos de castidad y de renunciamiento. Volvía a veces rápidamente, el rostro hacia las puertas que estaban cerradas, como si quisiera ahogar aquel eco múltiple, en el cual se mezclaban las notas y las risas. Su responsabilidad era enorme; pero nada podía hacer. Se sentía como aplastado po el contraste inverosimil y en verdad, entre abandonar a ese hombre que apenas si tenía ya un hálito leve de vida e ir a los salones y gritar

la verdad de lo que pasaba, prefirió quedarse al lado del agonizante, que era además un amigo de muchos años...

El episodio pasó obscuramente, tal que si una consigna de honor hubiera prendido entre todos para ocultarlo o por lo menos para no darle la resonancia que de hecho debía tener. Eran otros tiempos. Pero el episodio era un símbolo anticipado de las angustias que ocurrirían más tarde. Allí podía encontrarse el comienzo de la inconsciencia de la sociedad, de esa entrega casi absoluta al dios placer que ha sido una de las formas más categóricas del desenfreno que domina hoy en casi todos los sectores de la colectividad. En el hombre que agonizaba con su sacerdote, abandonado por todos, mientras en su propia mansión sonaban las músicas y las carcajadas, se encuentra la sombra de ese típico desdén hacia las formas superiores de la vida. El potentado había alhajado su palacio; lo había construído con piezas traídas una por una, desde el Viejo Mundo. Las gradas de granito que daban acceso al palacio y por las cuales habían subido y bajado las imágenes del placer, casi noche a noche eran igualmente importadas lo mismo que los maderos de las puer-

tas y ventanas y la cúpula de madera de cedro que coronaba el gran hall central de la casa.

En verdad cuando el dueño de casa desapareció de la fiesta, si alguien paró mientes en ello, no le dió importancia alguna. Los minutos se prolongaron bastante. Pero a nadie le sugirió pensamiento alguno de temor. Después de todo... aquel hombre, sin duda era un ser estrafalario. Toda aquella juventud sólo pensaba en su placer. Era lógico. A nadie se le había ocurrido que el anfitrión agonizaba en esos instantes; y se despedía para siempre de la vida. El símbolo surge por sí solo. Se le siente en el contraste, en la naturaleza de ese suceso que más tarde a medida que corren los años, toma una configuración más palpitante y acerca su significado a la forma cómo se ha procedido en la defensa de las viejas tradiciones. Las sociedades más antiguas no han perdido nunca de vista la continuidad de su línea. No han caído en brazos del materialismo atadas de pies y manos y han concedido al espíritu una parte considerable en la defensa de sí mismas. Tal vez, sólo por la fortaleza del espíritu han resistido algunas de esas sociedades al ímpetu de las formas demoledoras de la vida, y han sido capaces de afrontar las más duras contingencias. La renova-

ción la han hecho teniendo en vista la urgencia de las nuevas modalidades que no pueden ser desconocidas y sí, adaptadas a la naturaleza de los cambios fatales. Una juventud que sólo tiene ojos para el placer o energías sólo para el goce, pierde todos sus derechos. Por lo menos, desaparece lentamente sin gloria ni heroísmo, desfigurando así, el mecanismo de la sociedad. Porque mientras aquellos jóvenes danzaban, agonizaba la vieja alma laboriosa y esforzada. Agonizaba oyendo sus cantos, quizá con el pensamiento último puesto en ellos y, acaso, sintiendo que si él había sido joven lo había sido con energía, con vigor, con voluntad de sacrificio.

Algún tiempo después de la muerte del potentado —es la revancha— todos los efectos valiosos, los cuadros, las figuras de mármol que adornaban los salones y que estaban sellados por firmas ilustres, fueron dispersados por el torbellino de la renovación. Nuevos ricos o poderosos hombres de negocios; extranjeros enriquecidos en el trabajo adquirieron para sus mansiones aquellas piezas artísticas que tanto había costado reunir. Ellas mostraban el auge de una época de esplendor y de magnificencia. Y eran, además, el fruto de una vida consagrada a los negocios y a

las empresas más audaces. El potentado que murió en su palacio, mientras sus invitados se divertían, había sido uno de los pioneros de las explotaciones mineras y gracias a su esfuerzo, a su tenaz sacirfico, a su voluntad sin quebrantos, había construído caminos en regiones desérticas del territorio y había llevado a todas partes el poderoso hálito de su carácter emprendedor. se había dado placeres de nabab; había gozado noches casi heliogabalescas y había hecho partícipe de ellas a sus amigos. Pero había luchado; había trabajado sin descanso; había sido un héroe pacífico, de voluntad enérgica y de dominante sentido de la vida y de sus deberes. Ese es el símbolo de aquella noche lejana de la sociabilidad santiaguina...

Nada de eso queda ya. El palacio permaneció mucho tiempo abandonado. Los jardines languidecieron en la soledad poblada de imágenes y de recuerdos. Los senderos se cubrieron de yerbas y entre la decoración moderna que poco a poco se levantaba en las calles vecinas o entre la parquedad de otras construcciones antiguas, la mansión, otro tiempo miliunanochesca, se erguía como un empecinado recuerdo arcaico.

Se demolió por fin el palacio. Una sociedad

constructora que giraba con algunos millones de pesos, determinó abrir algunas calles de casas modernas y altos edificios de departamentos. Una muchedumbre nueva, compuesta de familias reducidas o de extranjeros que servían altos cargos en grandes empresas industriales, ocupó aquellas residencias. Nadie recordaba el palacio viejo ni las orgías fantásticas que allí desenvolvieron muchas noches el prestigio de sus detonentes locuras. Nadie sabía nada de aquel drama lejano ni de la extraña muerte del dueño de esos terrenos en el cual antes se había levantado la pompa de la residencia magnífica.

Las familias que ahora viven en esas casas o en esos departametnos, son familias compuestas de tres o cuatro personas. Representan el tipo moderno del hogar en el cual no hay ya sino remedo de jerarquía y apenas una sombra de la autoridad. Casi todo el día el recinto queda abandonado, a merced de las empleadas. El padre sale temprano, luego la señora abandona la casa, más tarde la hija o el hijo. Algunas veces se reúnen a la hora del almuerzo. Por lo general regresan todos en la noche. En ocasiones el padre lo hace muy tarde. En otras es el hijo que vuelve al amanecer.

Los palacios antiguos necesitaban ejércitos de empleados. Con las exigencias actuales de la vida no es posible mantener ese cortejo de llaveras, cocineras, mayordomos, niños para los mandados, sirvientes de mano, choferes y jardineros que ocupaban toda un ala del edificio, o bien, una construcción especial que se hacía detrás del edificio central. Esa servidumbre requería atenciones especiales, un presupuesto voluminoso que pocas fortunas eran capaces de resistir sin quebranto. Casi todas han desaparecido en el tiempo tormentoso que todo lo reduce y modifica...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL viejo palacio en subasta que nos ha servido para tejer estas reflexiones acerca de la transformación de la sociedad, representaba, pues en parte, la liquidación del antiguo espíritu patriarcal, o mejor, la liquidación formal de la antigua y numerosa familia chilena. No era posible vivir en la paz de otros tiempos, porque la calle estaba siempre llena de agitación y descontento y poruqe la servidumbre ya no obedecía como antes ni erta fiel ni leal a los amos. Cada uno de esos empleados formaba parte de una organización de resistencia o de previsión que imponía a sus asociados deberes perentorios o franquicias a menudo irritantes, para aquellos patrones de antigua estirpe. Los fundamentos tradicionales de la familia también habían sido aportillados por las corrientes modernas de la vida que no toleraba ya los silencios en la casona, ni los "encierros" voluntarios. Las modalidades surgidas por la brutal descomposición que provocó la guerra, habían modificado en sus bases el antiguo orden familiar. Los padres sentían que su

autoridad se dilataba cada día más y los hijos se rebelaban de la tutela severa, sin que experimentaran emoción alguna ante el sufrimiento callado de sus mayores.

Los dejaban sufrir, los dejaban maldecir de los tiempos nuevos; hacían la vista gorda cada vez que eran sorprendidos en flaquezas que en otra época jamás se hubieran tolerado. Los hijos vivían plenamente el ambiente de la calle, se embriagaban con las libertades de la calle y sólo del aire viciado de la calle podían vivir.

Los salones de esa mansión en subasta llenos con el rumor de la calle y de la muchedumbre, ávida de escudriñarlo todo, no eran ya el dominio de una familia, sino la expresión del mundo. La ola humana lo había penetrado todo desgarrando la intimidad antigua. Sus salas hervían de expresiones desconocidas; manos ávidas o temblorosas estiraban sus pulpos sobre todos los muebles que otrora habían sido los secretos testigos de una existencia más apacible.

Y así como ese palacio pertenecía en esos momentos a todo el que allí quisiera penetrar, también la existencia moderna había destruído la vida familiar. Nadie toleraba vivir en sosiego mientras afuera la vida hacía los guiños del deseo y lla-

maba a participar de sus placeres y alegrías. Los cines, los salones de The, las "boites", los cabarets, arrastraban a una existencia hasta entonces desconocida, a una existencia libre, descontrolada, en la que todos creían encontrar no sólo un remedo de los grandes centros europeos, sino esa cosa morbosa, íntima, secreta, perturbadora, un poco impúdica que tanto agrada en la vida nocturna.

Muchas mujeres regresaban tarde, de la noche, a sus hogares apestando a alcohol y tabaco y ninguna protesta era sobrado fuerte para contenerlas en esa vida de disipación. Todos querían lucir su independencia, todos eran un poco cómplices de la locura general. Para llevar esa vida era indispensable tener una renta que la depresión de la moneda hacía cada vez más difícil. ¿Cómo procurarse dinero para satisfacer el ansia de lujo que esa vida exigía y el derroche que era necesario mantener, frente a los amigos y aun los desconocidos más afortunados? Las familias hipotecaban sus fundos, pero los hijos de esas familias contraían deudas y compromisos que en la hora de los vencimientos causaban dolorosas e irreparables catástrofes. Negocios oscuros y poco limpios, manchaban cada día la honorabilidad de

gentes cuyos antepasados habían mantenido una línea de honor y de sacrificios. Pero a nadie le importaban estas caídas y estos derrumbes. Los deslices de las mujeres apenas si conmovían a sus parientes más próximos y muchachos imberbes, que iniciaban su camino en la vida, eran llevados a la cárcel por el delito de estafa.

Por otra parte, el auge de familias de nuevo cuño, enriquecidas en las especulaciones o en negocios turbios, habían provocado la emulación y el descontento, cuando no la irritación de las familias de prosapia. Sostenidas por la fuerza de las nuevas doctrinas sociales que justificaban de cualquier modo el abatimiento de las tribus aristocráticas, se habían entregado al derroche como si experimentaran un oculto placer y en todas partes, en todos los sitios, en las playas de moda, en los casinos, en los cabarets hacían su aparición ostentando en sus pieles y en sus joyas, la soberbia desafiante acumulada en el largo paréntesis de anonimato y oscuridad.

Las viejas fortunas desaparecían, cambiaban de manos. Muchos fundos tradicionales habían sido comprados por los nuevos ricos. Muchos palacios habían sido adquiridos con todos sus muebles, por los potentados que recién surgían de la som-

bra social y que habían hecho felices negocios de bolsa o habían sufrido largos años de economía hasta acumular grandes riquezas. Muchas familias de las provincias llegaban a incorporarse a la vida de la capital arrastradas tmbién por el deseo de ser cabeza en el gran torbellino de la descomposición y de la renovación sociales. Traían sus fortunas para divertirse o para casar a sus hijas con los jóvenes "bien", restos de apellidos o de ejecutorias que el río inexorable de la liquidación había dejado maltrechos y quebrantados en las riberas del naufragio. Mientras estas familias hacían en la capital una vida ostentosa, en las regiones lejanas quedaban como un sostén los grandes fundos que no habían sido vendidos y que en muchos casos se arrendaban en magníficos cánones anuales... Santiago era ya la inmensa cabeza de un largo y esquelético cuerpo, en el cual se movía una muchadumbre copiosa de hombres esforzados que arañaban la tierra y sudaban para mantener esta hipertrofia del gran centro poblado en el cual residían todos los poderes.

De los viejos palacios que habían mantenido la tradición y el boato del antiguo Chile, nada quedaba como símbolo del tiempo pasado. Todos habían sido vendidos o demolidos para cons-

truir en el mismo terreno, grandes edificios de departamentos que ocupaban las viejas familias ya reducidas o los nuevos elementos sociales...

En el fondo de todo la vida reclamaba con brutal pertinacia la liquidación de las antiguas cuentas. Las fortunas improvisadas volvían insolentes a sus poseedores y en esta liquidación, en este entrevero de pasiones y de rencores políticos y sociales entraban, como ya se ha dicho, no sólo la imprevisión de las clases aristocráticas y el desorden de los herederos que no habían sabido mantener en esos tiempos que corrían la antigua solidez económica y el espíritu de sacrificio de sus mayores, sino también el ostentoso derroche de los nuevos ricos, la audacia de los especuladores que negociaban a la sombra del poder, del cual usufructuaban, la ignorancia, el odio a las clases ricas, la amargura de una vida vivida en constante pobreza y la burla que causaban en su misma clase social las arrogancias de los hasta ayer ignorados políticos.

TERMINO por fin la subasta del Palacio. Tres días duró ese remate histórico. Tres días de torbellino en la residencia, durante los cuales nadie se preocupó de otra cosa. Habían cesado los comentarios políticos en la ciudad, una pausa se había deslizado sobre el hirviente encono de las rencillas sociales; se habían acallado los rumores de los escándalos, y sólo las lenguas tenían trabajo para ponderar las maravillas de esa residencia y para maltratar de palabras a los que habían sido los amos y a los que subastaban por precios locos, antigüedades y cuadros valiosos. Salieron a relucir querellas olvidadas. Todo giraba en torno a los salones azules o verdes, a las mesas finas que había adquirido una dama, esposa de un funcionario enriquecido de la noche a la mañana, nadie sabía cómo. Se comentaba la batalla ruda, tenaz, porfiada, mantenida entre un diplomático de una nación sudamericana y un judío, por una figulina de marfil que los entendidos juzgaban como una de

las piezas más valiosas de la casa. Se decía que esa figulina no era para el diplomático, sino para una dama cuyo nombre se traspasaban al oído, unos a otros, los asistentes al remate, entre relamidos de lengua y vueltas de ojos, impúdicas... Lo cierto es que el martillo del subastador cayó cuando el diplomático, con un guino visible de ojos, marcó la cifra definitiva: 30 mil pesos. Uno de los entendiods dijo más tarde, en un grupo, entre sonrisas irónicas, que esa pieza no valía más de 15 mil. Se evocaba entre frases punzantes y risas sarcásticas a la dama que se abrió paso a codazos por entre la muchedumbre para ir a observar un sillón dorado al fuego, con tapiz de brocato que ella había visto en una casa de remates días antes y por el cual le habían pedido 1.000 pesos y que ahora había sido rematado en 10 mil. Era el mismo... Gritó como una poseída sin que acertaran a darse cuenta exacta los que estaban cerca ni comprender los ademanes indignados de la señora: "¡Es el mismo... el mismo...! ¡Qué vergüenza...!", exclamó una y diez veces.

Pero todo eso no eran más que los gajes naturales de la vida de sociedad y de la burla que esa misma vida hacía a los ingenuos y a los rastacueros, que se vanagloriaban de ser técnicos en antigüedades o en objetos valiosos y que luego

caían en la celada. Al lado de las figuras auténticas era lógico que aparecieran las cosas falsificadas y los muebles de similor para equilibrar la grandeza de todo lo creado, y para venganza de quienes estaban obligados a liquidar sus bienes en medio de lo que ellos imaginaban el desorden de los advenedizos.

Al tercer día desapareció la muchedumbre que había llenado mañana y tarde la gran casa histórica. El silencio parecía más impresiontnte que nunca. Un campo de batalla no hubiera sido más trágico que esa residencia en cuyas salas quedaban los restos de la avalancha humana. Todo estaba en desorden ahora. Removido. Cambiado cada mueble de sitio.

ESTA vez sí que el viejo criado penetró en los salones, no como el hombre de la casa, sino como un forastero que ocude a observar los restos de un cataclismo. Unos cargadores habían comenzado a juntar por lotes los objetos que debían llevar a los camiones de carga, que esperaban afuera, junto a la gran puerta de entrada. Ya no había hileras de autos de todas las marcas y procedencias, como en los días anteriores, sino hileras de camiones, carretelas y otros carruajes de carga. Las risas y las palabras irreverentes de los cargadores resonaban con un eco estridente en las salas vacías de muchedumbre. Levantaban en alto los cofres valiosos, como si fueran cajas de escaso valor. Arrastraban los muebles, por sobre el piso de parquet, descolgaban los cuadros de Guirand de Ecevola y de Manet y los colocaban sin respeto encima de los muebles o sobre los cojines de los divanes.

El viejo criado contempló un instante, con un mudo rictus indefinido esos aprestos decisivos. A

la mañana siguiente no habría ya nada en las salas y todo habría desaparecido. El debía salir con el último mueble, abandonar esa casa en la que había vivido medio siglo de su existencia y en la que quedarían para siempre sus oscuros recuerdos simples, sus afanes y sus lealtades. Todo estaba impregnado de silencio y de olvido. Ya el olvido había empezado su minúscula tarea de agotamiento y de disgregación. El no lo comprendía tan claramente, sino por la congoja de su corazón, que latía en supecho enorme, lleno aún de la lealtad que había sido el único movimiento de ese corazón agradecido.

Recorrió, casi arrastrándose, los salones para observarlo todo. Nada de lo que allí había, nada de esos efectos removidos, le pertenecía. Nada formaba parte ya de su vida, a pesar de que todo eso que nunca había sido de su pertenencia formaba, sin embargo, parte de su razón de existir. Atravesó los amplios dormitorios, penetró en los departamentos de la servidumbre, salió luego al parque que servía en los días de primavera de lugar de reposo y de tertulias a la familia. Los escaños de madera ya no estaban allí. Había una glorieta de rosas y detrás de ella se erguía el gran árbol sombrío de hojas coriáceas y relucientes. El grueso tronco rugoso mantenía en alto el

enjambre espeso del follaje y su sombra densa y grata en los días de sol parecía como un refugio en el fondo de un bosque. Era el peumo olvidado, el árbol criollo que simbolizaba la supervivencia de la tierra, en medio de aquel mundo de impaciencias, de olvidos, de mezclas de razas, de odios, de pasiones y de costumbres distintas y que el había plantado, hacía medio siglo, por encargo de su amo...

Se acercó hasta él, impulsado por una secreta y misteriosa fuerza. Se cobijó bajo su ramaje fragante como si en él hubiera querido encontrar la explicación de una verdad dolorosa que no comprendía claramente en su tosca naturaleza de hombre del pueblo. Nadie, por lo demás, podría hacerle entender los cambios sufridos y, nadie de su clase, habría podido decirle sino esas palabras que él ya a sí mismo se las había dicho, en el fondo de su corazón simple y pacífico. Los cincuenta años vividos en común con los dueños de ese palacio habían formado en él una naturaleza que se identificaba con la existencia de sus amos y especialmente con la vida pasiva de esas cosas que él había cuidado y vigilado... Esos cincuenta años eran suficientes para hacerle comprender que también a él le afectaba, aunque de distinta

manera, la tormenta que había desgajado todo a su alrededor.

Levantó la vista hacia lo alto. Sólo allí quedaba el árbol viejo, el peumo resistente de los bosques, símbolo de una tierra que no se transforma ni se dispersa y que es capaz de soportar todas las adversidades y todos los quebrantos del tiempo. Con sus manos temblorosas acarició la áspera corteza y suspiró desde lo más profundo de su pecho, reteniendo hasta donde pudo las lágrimas que pugnaban por saltar de entre sus párpados enrojecidos...

Algunas imágenes de la vida Norteamericana

IR Y VENIR...

Estas notas no tienen trascendencia alguna. Son simples impresiones aprisionadas al pasar, en el ir y venir incesante, por calles, plazas, parques, grandes tiendas, museos, restoranes y teatros, de Washington y Nueva York.

Mientras permanecimos en Estados Unidos, nadie nos molestó; nadie nos pidió cuenta de nuestra conducta; a nadie sometimos jamás el rumbo de nuestros pasos. Vivíamos a nuestra entera y santa voluntad y nunca el oficialismo se mezcló para nada en ninguno de nuestros actos o pensamientos. Lo decimos con un secreto orgullo, porque eso es, justamente, lo importante en la visita a un país y lo que da grandeza al país en el cual nos encontramos de paso y al cual hemos sido oficial y gentilmente invitados.

Los choferes fueron nuestros amigos, como lo fueron los escritores, los periodistas y la gente que el azar puso en el camino de todos los días, durante más de dos meses. Las empleadas de las

tiendas nos ayudaron muchas veces a resolver algunos problemas, que en los países extraños aparecen al viajero, excesivos o complicados. Los negros de los hoteles nos sonreían entre sus dientes blancos, con la más blanda y cándida de sus sonrisas. En los restoranes, los mozos que nos servían nos hablaban en todos los idiomas hasta que al fin calzábamos con algunos de los que nos eran familiares.

Los países grandes pueden ser antipáticos para algunos temperamentos, pero lo cierto es que en esos países aprendimos muchas lecciones que los libros no habrían podido darnos jamás. Aprendimos, desde luego, que la vida humana no es tan miserable como se cree, de ordinario, en los pueblos chicos; que hay en ella emocionantes grandezas en los actos más humildes y que el hombre jamás pierde la noción de su verdadera responsabilidad.

Estas ciudades monstruosas, como heladas por la pasión del dinero, son, sin embargo, acogedoras, familiares y nobles. Lo interesante reside en que el extranjero no lo es nunca en una tierra desconocida. La existencia puede ser amarga para algunos; una tragedia para otros, una ruindad para muchos. Pero es al mismo tiempo la comunidad en la que los hombres se sienten seguros

en medio del fragor de la lucha por la vida. Nadie nos quitó jamás nuestro derecho en cualquier punto en que nos encontrábamos, bien al subir a un tranvía o a un **bus**, a un vagón de ferrocarril o al penetrar en la sala de un teatro. Y todo esto porque la disciplina social ha establecido que todos los derechos son iguales y a cada cual le corresponde el suyo. Nosotros no atropellábamos el del vecino aunque fuera un pobrete y el magnate, tanto como el alto oficial del Ejército o el político, nos cedieron el paso, si estábamos en situación de usarlo con mejor derecho que ellos.

Nosotros no llevábamos señal alguna en nuestra indumentaria. Eramos tan anónimos como el que más y nadie sabía, por otra parte, quiénes éramos, de dónde veníamos, y hacia dónde nos encaminaríamos más tarde. En ese tempestuoso océano humano, que es por ejemplo Nueva York, el hombre, quien quiera que sea, no es otra cosa que una cifra sin nombre, una plumilla que vuela o un grano de arena que cruza la calzada. Cada cual arrastra su mundo íntimo; pero ese mundo pequeño, propio y personal, es perfectamente aceptable y tolerable hasta el momento en que no molesta al mundo íntimo, pequeño y personal del vecino. El mundo nuestro no fué revisado por na-

die; por nadie fué registrado, por nadie sometido a examen o análisis. Nadie se volvió nunca para observarnos en la calle, cuando pasábamos. Nadie preguntó al compañero acerca de quiénes éramos, qué hacíamos y por qué andábamos por esa calle.

Vivimos unos meses en medio de la grandeza magnífica del anonimato. Las ciudades grandes son estrafalarias. Sus aceras se ven transitadas por personajes que parecen recién salidos de comedias bufas. Algunos negros parecen príncipes de ópera. Gigantescos, erguidos y solemnes pasan a nuestro lado acompañados de sus mujeres de anchas caderas, cubiertas de pieles fastuosas y de piedras rutilantes. Pero pasan sin ser vistos. No interesan. Nosotros volvíamos la cabeza, porque para nosotros esos negros opulentos y rígidos, representaban la raza encajada, metida, entre esa raza blanca y rubia que sufre en lo interno la tragedia de su rígida amargura.

Hombres y mujeres de todas las condiciones, salían todos los días de sus departamentos o de sus hoteles a pasear sus perros estrafalarios o magníficos por las aceras interminables de Nueva York o por los parques silenciosos. A nadie les importaba ese espectáculo, en cierto modo incongruente.

La vida tiene allí un sentido que no compren-

demos nosotros, hombres limitados por los prejuicios más absurdos. Las ciudades parecen selvas monstruosas. Pero es fácil, al cabo de un tiempo, proceder como los rumberos de las selvas, que aprenden a conocer las sendas y precaverse de las alimañas.

Este sentido para nosotros incomprensible de la vida proviene de la educación no limitada, amplia y generosa que reciben los niños en sus escuelas y Universidades. No hay allí salas sombrías, salas desagradables, libros roídos por la lepra de la miseria. Todo es amplio, luminoso, como la extensión de la pradera. Por eso las mujeres caminan como las aves o como los animales jóvenes, con un garbo y una limpieza magníficos. Desde niños están juntos hombres y mujeres. La mujer no es como entre nosotros el pecado, la impudicia, sino la compañera.

No podríamos entender nosotros esta camaradería sexual, que allá es lo normal, porque desde niño se ha enseñado a los hombres a respetar por el conocimiento y por la intimidad, a la mujer. Esta mujer que pasa por la calle, que camina con un andar ágil y cuyo cuerpo esbelto produci-

ría entre nosotros un extraño movimiento de curiosidad, allá no produce emoción alguna. Nadie vuelve la cabeza, nadie la dirige un piropo, salvo sus compañeros o sus amigos. Nadie la molesta.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA VIDA DE LOS SEXOS

Nosotros somos sombríos, algo trágicos en el comercio sexual. Nos ponemos dramáticos, nos volvemos patéticos en cuanto nos encontramos con una mujer que nos parece apta para emprender su conquista. La perseguimos con angustia, devoramos la soledad en pequeños sorbos amargos y todo el mundo parece girar para nosotros en torno de un episodio insignificante. No conocemos la familiaridad desinteresada. Por eso toda mujer que habla con un hombre parece, entre nosotros, estar contando un drama pasional o una historia de crímenes. Siempre flota en torno de la pareja un aire de sospecha como si temiera ser sorprendida por alguien que les pedirá cuentas de su osadía. Las mujeres de esas ciudades norteamericanas parecen siempre ir a un sitio alegre. Cuando tropiezan con un amigo parecen haber encontrado un placer desconocido. Hablan con todos sus poros. Su risa es tan humana como el gesto voluntarioso del animalillo que recorre

los senderos de los bosques. Sonríen con un candor contagioso. Hablan fuerte, sin recelos, sin sospechas de ninguna especie. Fueron educados en el limpio trato de la alegría que irradió, desde la escuela aireada, luminosa, con grandes ventanales, con libros de todos los matices, con maestros que eran compañeros, con perspectivas de paisajes o jardines o montañas o ríos.

Nunca vimos hombres parados en las esquinas de Washington o Nueva York, en la tarea tan latina de echar piropos o impertinencias a las mujeres que pasan. Jamás vimos a una mujer aceptar en la calle, de un desconocido que se cruzaba con ella, alguna galantería como es tan frecuente en estas ciudades latinas. Nunca vimos volver la cabeza a los hombres para observar a la mujer que acaba de cruzar esbelta, magnífica, con su cuerpo alto y fino.

En los restoranes neoyorkinos vimos muchas veces penetrar mujeres solas, muy elegantes, a las que nadie acribillaba con sus miradas insolentes o procaces, como para advertirlas de próximas e irremediables conquistas. Los hombres que estaban sentados, apenas si las observaban un segundo, con absoluta indiferencia, y volvían a su conversación o a su función de comer. Cuando entraba una pareja para ocupar una de las mesas

vacías, ninguno de los hombres jóvenes allí presentes se disponía a iniciar la conquista que, entre nosotros, es tan habitual y que tantos disgustos e incidencias ha provocado.

Hemos observado mil veces el suplicio del acompañante de una dama en los restoranes más o menos elegantes del Mapocho. Hemos visto cómo el hombre tragaba materialmente con un ojo, mientras con el otro vigilaba a su compañera o al Don Juan que había surgido en una mesa cercana. En estos restoranes santiaguinos la presencia de una mujer joven y hermosa es incitación a la batalla silendiosa, sorda, tenaz entre la mujer que no desea ser molestada y el impertinente Don Juan que imagina que esa mujer ha sido llevada allí por el destino para ser su presa. Muchas veces hemos sido testigos de los incidentes penosos, de los botellazos y disparos de toda clase de proyectiles por encima de las cabezas de los pacíficos parroquianos.

Estos fenómenos nos han hecho siempre pensar en la irritabilidad tan curiosa de los americanos del sur, en el desgaste físico y mental de estas parejas que no pueden comer tranquilas. Nosotros no toleramos en un restoran o en un café a una mujer sola. Inmediatamente nos disponemos al asedio. Si va en compañía de un

hombre tratamos de "levantársela". Por eso la función sexual tiene, entre nosotros, un carácter de guerrilla de asedio, de sombría y angustiante aventura. En materia sexual o amorosa no tenemos respeto a nada. Luego que vemos entrar a una mujer en esos sitios, si no podemos conquistarla, porque ella no acepta juegos de esa especie o porque el acompañante ha demostrado con leve y rápido gesto, su actitud resuelta o resolución para la defensa, comenzamos, en venganza, a averiguar quién es, cuál es su origen, sus amistades, sus amantes —si no los tiene se los inventamos—, su renta, sus joyas, y la ubicación del departamento en que vive. Hacemos lo que en Chile se llama con gráfica expresión, "*el balanceo*" de la pareja, o de la mujer o del hombre, aisladamente.

Las escuelas sombrías en que nos hemos educado, las salas oscuras y sucias en que debimos soportar la monotonía de las lecciones, las paredes derruídas o agujereadas o surcadas de frases obcenas, nos impidieron exaltar la vida de la adolescencia. Luego la tristeza de la educación sexual, la teoría penosa de que la mujer es la enemiga del hombre o de que es el pecado y la vergüenza... y que hay que evitar siempre en la intimidad, porque ella lleva la perdición, altera-

ron el espíritu de muchas generaciones y lo arrojaron en este pozo en el que aun se debate una gran parte de la colectividad. No hubo lecciones limpias, desinteresadas, generosas, para preparar a los niños en el amor a la vida, en el amor a la compañera. Todo lo aprendimos como lo habían aprendido los antepasados: en los pasillos oscuros de los colegios, en el patio llamado de las "aguas", en las conversaciones procaces y sucias con los criados o la servidumbre, en el sobresalto de los rincones de las plazas o bien en los prostíbulos, en las escapadas rápidas, breves, angustiosas, temiendo siempre aparecer o al padre o al maestro de faz cejijunta. Del aprendizaje sexual muchos niños sólo conocieron los vicios solitarios o las rameras descocadas que les llamaban, en la calle, al pasar ellos por frente de sus viviendas.

La tragedia sexual no tiene en los países del Norte, el furioso contenido que tiene entre nosotros. La literatura norteamericana, no asigna a este problema sino un valor secundario. La mujer es un elemento de combate o de superioridad o de colaboración, pero para la vida activa, para la vida del sentimiento o para la vida de la inteligencia. Porque en ese punto sexual la existencia del hombre y de la mujer está resuelto, en

la propia voluntad o en el propio destino y cada cual defiende su destino o lo sigue en la naturaleza de su propia conducta, sin que tenga que avergonzarse de nada. La educación limpia de la niñez y de la adolescencia le ha enseñado a la pareja que el carácter es la potencia que cada cual lleva dentro de sí y que sólo lo que está fuera del bien o de la honradez, es peligroso y es nocivo. La función sexual es una función normal. No un pecado ni un crimen.

Nosotros no hemos resuelto este problema. Creemos haberlo resuelto en una libertad exagerada de costumbres. Pero se ha caído en extremos bastante penosos, en licencias casi inverosímiles. El tiempo tendrá que realizar esta gran empresa de aireación de los espíritus, de clarificación de las mentes y de educación de la vida de los sexos.

1944, Enero.

DOS PAREJAS DE TORDOS

Cuando cruzamos el valle de Copiapó, en viaje a Norteamérica, nos dimos cuenta de que a bordo del avión viajaban cuatro pasajeros que no figuraban en la lista del pasaje. Se habían mantenido en silencio, como si trataran de burlar la vigilancia severa de las aduanas o como si estuvieran sometidos a estricta censura... El sol resplandecía ya sobre los valles que alcanzábamos a divisar entre los cerros pelados de aquella yerma costa del norte chileno.

Habíamos salido de Santiago hacía pocas horas con la noche cerrada aún. La nerviosidad natural que provocan los viajes aéreos, nos impidió, de inmediato, ver los rostros de los pasajeros que serían nuestros compañeros de ruta. Santiago aun dormía. Las luces brillaban abajo; el avión ganaba poco a poco la altura, en enviones profundos, horadando el océano de sombra en el cual divisábamos los puntos de oro de las luces de la ciudad. Todos íbamos en silencio y sólo el zum-

bido de los potentes motores rezongaba interminable en aquellas soledades. Más tarde, hacia el oriente, sobre las cumbres, la noche se deshizo en una cinta amarilla. Pero a ras de tierra aun dominaba la negrura. Se perfilaron luego los bosques, los ríos como hilachas de plata y vimos algunas casas minúsculas dispersas en los valles. Subíamos y subíamos. Algunos minutos después fulguró el sol en la plenitud de su grandeza. El mar estaba azul y sólo en el confín lejano la bruma retrocedía lentamente.

Fué entonces cuando escuchamos el leve silbido familiar. ¿Qué podía ser? Pasaron breves segundos y a medida que el sol llenaba la cabina del avión iluminando todos los rincones y descubriendo los rostros que parecían tan extraños, volvió a escucharse el silbido seguido esta vez por el agrio y típico "juraré"... "juraré"... de los campos chilenos. Entonces nos levantamos de nuestro asiento y nos dirigimos hacia el punto de donde había salido aquel carraspeo característico. Nunca lo hubiéramos creído. Y, sin embargo, lo fantástico estaba ahí, a cortos pasos de nosotros. Míster Edwin Holmes, inglés que iba a Norteamérica, para luego seguir viaje a Inglaterra, llevaba en una jaula de mimbre, nuestra jaula chilena, dos parejas de tordos. Apenas si pudimos

contener una exclamación de asombro y de alegría a un tiempo. Quería decir que nosotros viajábamos con un trozo del campo chileno... que con nosotros iba algo de la tierra chilena.

Porque en verdad a dos mil metros de altura, sobre unos valles ásperos y secos, desolados como tierras de tormento, viajaban con nosotros los corredores de las casas de campo, los sauces que se mojan en los esteros, las tías enamoradas de los tordos, la vocinglería de la media tarde sobre las viñas y los cercados de los potreros. Míster Holmes sonreía en su rostro de niño viendo nuestra admiración. Era un hombre todavía joven, de rostro jovial, alto, con unos ojos azules limpios y de apariencia candorosa. Estaba inclinado sobre la jaula cuando nos acercamos a él, y miraba con ternura singular esas cuatro avecillas negras, encerradas en el rectángulo de palos amarillos que era la jaula. A cada cierto tiempo les daba unas hojitas de lechuga y derramaba, en unos pequeños tiestos de latón, semillas de alpiste, por entre los frágiles barrotes. Y como si los tordos adivinaran nuestra sorpresa, lanzaron de nuevo el típico canto de los saucedales: "juraré"... "juraré"... Los ha reconocido! —observó Mr. Holmes—. ¿No son ustedes chilenos?

—En efecto —respondimos—, nos han reco-

nocido... Pero —añadimos— es que también se despiden de Chile, de los campos... Estamos ya cerca del último puesto de la frontera chilena... Llegaremos muy luego a Arica...

Y en efecto, al llegar a Arica, se inmovilizaron en una actitud de monjes filósofos, la misma que suelen adoptar a veces cuando se posan en la rama flexible de los sauces. No volvieron ya a cantar ni a jurar, durante todo el trayecto.

Había variado el paisaje y las tierras eran otras. Encima de la costa del Perú volábamos sobre zonas amarillentas. El avión se internaba un poco y desde arriba divisábamos vastos espacios de arenales glaucos. A veces cruzábamos estrechos desfiladeros, grietas como arrugas que tajaban la tierra martirizada como por espantosos cataclismos. A la altura de Chiclayo, se ofrecieron retazos verdes, líneas arquitectónicas sobre la tierra, canales rectos como líneas del ferrocarril. Luego volvíamos a encontrar el yermo y terrible silencio torvo, hecho de tierras rojizas y de puntas de cerros leprosos que se erguían igual que los restos de las conmociones lunares. El aire vibraba ensordecido por los motores incansables y un soplo caliente y húmedo nos envolvía en una niebla luminosa. Para descansar de aquel desierto de

piedra y de rocas, volvíamos la vista hacia el mar, liso y azul hasta lo más remoto del horizonte.

—¿Cree usted que resistirán el viaje, Mr. Holmes? — preguntamos.

—Oh... seguro,—nos respondió—y agregó, siempre con su sonrisa ingenua: yo adoro estos pajaritos... Son lindos y cuando los ví en Chile me enamoré de ellos... Conseguí estos cuatro y me los llevo a Inglaterra...

Los cuatro tordos estaban inmóviles. Parecían escuchar con atención las palabras de su amo ocasional. Levantaban las pequeñas cabezas y observaban a través de los barrotes la curiosidad de los pasajeros. Se habían unido otros y todos contemplábamos este cuadro extraño, la jaula de mimbre, los cuerpecillos retintos, los ojos que se abrían y cerraban, en el aro amarillo de los párpados...

Mr. Holmes atendía a las avecitas como si fueran niños. En Balboa nos tocó hacer el viaje desde el aeropuerto hasta el hotel, en el mismo auto. No permitió que nadie tomara su jaula. Tampoco había permitido que los empleados de la aduana que sonreían satisfechos, se sobrepasaran con sus pájaros. Los norteamericanos de la estación aérea de Balboa, recibieron lecciones de historia natural que no esperaban. Mr. Holmes

contó a un grupo que observaba atentamente a estas aves todo cuanto él sabía de ellas. En el largo y complicado registro de la aduana, quedaron también anotados estos pasajeros que hasta entonces hacían por primera vez el largo crucero hasta Inglaterra.

En el hotel, los negros sensuales e indolentes que servían, juguetearon con los tordos. Acaso sintieron que eran los pájaros primitivos de la selva. Canturreaban junto a la jaula que Mr. Holmes colgaba en el marco de una ventana sobre una de las calles afiebradas de Panamá. Abajo rumoreaba esa muchedumbre pintoresca que iba y venía bajo un clima tórrido, sudorosa, pero jovial... Un rumor endemoniado en el que se mezclaban las risas, los cantos, las voces de las orquestas de los bares, subía hasta la pequeña jaula en la cual sufrían agudas nostalgias esas avecillas acostumbradas a la libertad de los campos chilenos. A la hora de la tarde ellos añoraban, seguramente, la sombra de los sauces, sobre el agua de los esteros. Evocaban quizá las viñas y los frutos de las huertas. Durante los tres días que estuvimos en el hotel, perdimos de vista a Mr. Holmes. La mañana de nuestra partida a Miami vimos aparecer en el aeropuerto, la alta y delgada silueta de Mr. Holmes. Llevaba en su

brazo, el abrigo de gabardina y en la otra mano la jaula. Los tordos parecían contentos. Nos saludamos con alegría.

—Mr. Holmes... ¿cómo han pasado los tordos?

El rió alegremente como un niño al cual le recuerdan sus aventuras.

—Oh... magnífico... Levantó la jaula en alto y frunciendo los labios silbó unas notas. Los pájaros removieron sus cuerpecillos inquietos abriendo las alas tal que si quisieran volar. Empezaban quizá a acostumbrarse con el amo inglés que se los llevaba sin que ellos pudieran saber a dónde. Mr. Holmes dejó la jaula sobre unas maletas y se acercó a una ventanilla. Mientras hacía revisar por milésima vez sus papeles, nosotros nos pusimos a contemplar los tordos. Era aún muy temprano para la partida hacia Miami y otros pasajeros del avión a México esperaban también su turno. Comenzaron a acercarse hasta la jaula. Para todos, aquellas aves negras constituían una novedad. Todos interrogaban acerca de la cualidad de estas aves. Nos vimos obligados a dar nosotros un pequeño curso sobre estos pájaros que decoran las huertas y los campos de Chile. A veces Mr. Holmes, desde su puesto en la "cola" cerca de la ventanilla, volvía la cabeza,

nos buscaba con la mirada y nos saludaba alegremente. Quería decirnos: "gracias" y al mismo tiempo, "estoy orgulloso con el éxito obtenido con los pájaros chilenos"...

Estaba amaneciendo sobre el campo, cuando nos hicieron colocarnos en la parte exterior de la estación del aeródromo. El avión que iba a México acababa de partir y los pasajeros de Miami fuimos llamados para prepararnos mientras acomodaban el "cliper" en la cancha. Mr. Holmes avanzó hacia la puerta por donde todos debíamos salir, con su jaula en alto. Un empleado del aeropuerto, fué llamando, uno por uno y, por su nombre a los pasajeros, y pidiendo los pasajes. Cuando nombraron a Mr. Holmes, alargó sus papeles y advirtió con la más sana de sus sonrisas, levantando la jaula:

—Y además cuatro tordos...

Lo dijo en inglés, dando a la palabra tordo, una acentuación especial anglo española que provocó la risa de todos.

Salimos hacia el campo de aterrizaje. Mr. Holmes colocó la jaula cerca de una galería en el suelo. Estaba todo azul en esa mañana de Panamá. El sol aun no había aparecido y los cerros cercanos se veían de un oscuro color violeta, como de laca. Un azul de añil intenso vibraba so-

bre el ancho campo. Abajo, las masas verdes de los árboles formaban contraste con aquel violeta magnífico que iba poco a poco trnsformándose en un celeste pálido como de ensueño.

De pronto comenzaron a revoletear por encima de nuestras cabezas unos pájaros negros parecidos a los tordos. Chillaban estruendosamente y acercaban sus vuelos hasta cerca de la jaula. Por momentos era mayor la cantidad de estas aves que acudía a lo que a nosotros nos pareció un saludo a las aves chilenas. Nadie supo decirnos cómo se llamaban. Eran un poco más grandes que nuestros tordos y sus chillidos estridentes recordaban el parloteo áspero de nuestras caturras. Pero era, ciertamente, admirable esta coincidencia que se producía cuando con nosotros viajaban los pequeños habitantes de las huertas de Chile. Mr. Holmes tomó la jaula y la colocó presuroso en un lugar más seguro. Entonces los pájaros comenzaron a alejarse poco a poco y por fin se dispersaron sobre el campo, a la distancia. En ese instante vimos teñirse la cumbre de los cerros con un amarillo intenso. Comenzaba a aparecer el sol.

No hay en este breve relato nada que no sea auténtico. La aventura de Mr. Holmes nos pareció a nosotros extarordinaria. Un inglés lleva-

ba a su patria dos parejas de tordos. Se había encariñado con esas avecitas y quería darle una sorpresa a su familia que esperaba su regreso después de un largo viaje por los países de Sud América. Lo único que había llamado vivamente su atención habían sido estos tordos y lo único que llevaba de vuelta a su patria era esa jaula movible, ocupada por los personajes para nosotros más conocidos y vulgares de nuestros campos. Mr. Holmes creía que estas aves podían multiplicarse en los climas fríos y brumosos de su tierra. Nosotros le dijimos que estas eran aves de climas templados, de sol y de campos con esteros y sauces. El nos dijo que también en Inglaterra había rincones campestres que podían ser para ellos, tan acogedores como un "lindo campo chileno".

En Wáshington, en la Estación de Ferrocarriles, entre un tumulto de gente en la mañana de nuestra llegada, cuando salíamos hacia la calle, divisamos a Mr. Holmes que caminaba detrás de un negro cargado con su equipaje. Iba con la jaula en alto, como siempre y la blandía por encima de la cabeza de los pasajeros que se estrechaban en la puerta de salida.

Haciendo esfuerzos nos adelantamos por en-

tre la muchedumbre hasta darle alcance. Una vez cerca le tomamos del brazo:

—Mr. Holmes... ¡felicidad!...

Se volvió y al reconocernos lanzó una alegre carcajada...

—Oh... los chilenos... Gracias... Ya ven ustedes... Hasta aquí sin novedad...

Levantó más alto la jaula... Los tordos chillaron esta vez, su característico "juraré"... "juraré"...

Se despedían quizá de nosotros.

Mr. Holmes agregó:

—Son avecitas educadas... Desde que salimos de Chile... es la única vez que han abierto el pico... Se despiden... de ustedes... Good bye...

—Good bye... contestamos...

Después, los remolinos humanos, los automóviles, la calle afiebrada, el rumor sordo... los gritos de los negros... se tragaron a Mr. Holmes y sus tordos...

Ya no volvimos a ver más a Mr. Holmes. Nunca más hemos vuelto a saber nada. Ni de él ni de esas aves que nos acompañaron durante el crucero hacia Wáshington. ¿Qué suerte han corrido? ¿Qué será de Mr. Holmes, en ese terrible infierno? ¿Vive en Londres o en su finca, en al-

gún condado, lejos de la urbe? ¿Dónde estarán los pequeños tordos, que, a medida que nos alejábamos de Chile nos mantuvieron siempre en medio del corazón Chile?

UN PEQUEÑO DETALLE...

Muy cierto, un pequeño detalle. Pero un pequeño detalle que vale por un tratado de sabiduría. Las cosas más insignificantes son en ocasiones las que más enseñan, especialmente en los países de enorme potencia económica. He aquí el suceso descarnado y simple. En Wáshington, un día de octubre, a la hora en que todos apresuran el paso, comenzada ya la noche. Se han encendido las luminarias y las calles brillan bajo las hileras de árboles magníficos. En Washington no hay ruidos estridentes, ni bocinazos aullantes ni gritos destemplados. Los autos se deslizan en silencio, se detienen en las boca-calles en que deben hacerlo— gracias a un sabio sistema de señalización— y los que necesitan cruzar la calzada lo hacen sin molestias. Estamos en una esquina de la Avenida Connecticut, cerca de N. Street. Vamos en demanda del hotel.

Muy cerca se instala todas las tardes un vendedor de frutas con su carro cargado de peras,

duraznos, ciruelas, manzanas y naranjas. Muchas de las personas que por allí pasan, se detienen a comprar algo. El viejito con sus anteojos que le resbalan sobre la nariz, tiene un rostro arrugado como una pasa. No grita su mercadería. Espera sencillamente al comprador. Nos acercamos y elegimos nosotros mismos la fruta, según la costumbre.

Nosotros mismos la echamos en una bolsa de papel que el viejo nos ofrece. Y luego le preguntamos indicando lo que hemos elegido... Nos da el precio: treinta y ocho centavos de dólar. Contamos las monedas. Una de veinticinco, otra de cinco centavos y dejamos caer en seguida las monedas de cobre de un centavo. Hemos contado ocho, sobre su mano abierta. Tomamos la bolsa y nos despedimos.

Apenas hemos caminado unos diez pasos, cuando oímos voces que llaman. Al comienzo no volvemos la cabeza. Pero luego las voces insisten, más cerca de nosotros. Nos detenemos y el viejito, con la sonrisa más franca y noble del mundo nos dice algo que no entendemos. En su mano tendida vemos, a favor del resplandor de un foco eléctrico, una moneda de cobre de un centavo. Nos devuelve un centavo que le habíamos dado de más. En lugar de ocho centavos había-

mos contado nueve. Eso es todo. Lo más simple y lo más descarnado del mundo. Pero nosotros estamos llenos de emoción. Perplejos y como desorientados. El viejito sonríe, se quita el sombrero y vuelve a su puesto. Nada más. Damos las gracias y seguimos nuestro camino.

Pero el mundo brilla esa noche para nosotros de un modo extraño. Nada ha variado; el ritmo de las gentes es el mismo, los carruajes resbalan como siempre, los paseantes caminan con su mismo paso. Pero nosotros pensamos en que hay unos hombres obscuros, silenciosos, pacíficos, desconocidos que han hecho de la vida, de las relaciones entre los hombres, una cosa digna y elevada. Nosotros no habríamos sabido jamás que esa noche, en un puesto de venta callejero habíamos dado un centavo de más a un vendedor anónimo, si ese mismo vendedor, siguiendo en el hábito de ser consecuente consigo mismo, no hubiera corrido para alcanzarnos y devolvernos esa moneda. ¡Un centavo!... ¿Qué es un centavo en la economía de un hombre, sea cual fuere su condición? Ni siquiera pesa mucho. Ni siquiera molesta. Y su pérdida no ocasiona daño ni quebranto.

Pero la conducta de ese vendedor es lo que da relieve y carácter a un pueblo. Será todo lo

insignificante que se quiera el suceso: el hecho es que las pequeñas cosas forman las grandes arquitecturas. Mejor que eso, la solidez de ciertas arquitecturas. En los destiladeros de Wall Street, en Nueva York, en donde está oculto todo el oro del mundo, en donde a media tarde, entre los rascacielos, la sombra se condensa como en los caminos de montaña, en donde el General Washington yergue su figura frente al templete de estilo greco romano que es la Bolca, hay un restorán típico. Este restorán se llena a la hora del mediodía con el torrente humano que sale de las oficinas de transacciones, o de la Bolca o de los grandes Bancos. No hay tiempo que perder. El papel de las Bolsas es tiránico, empuja a los hombres, los lleva y los trae, los estrecha contra las paredes o los empuja contra las mamparas de la iglesia de La Trinidad, viejo templo anglicano que resiste como aplastado entre los rascacielos y ofrece a esos manejadores del mundo un refugio pacífico. Pues bien, en aquel restorán están expuestos, en grandes mostradores, con sus precios a la vista, todos los alimentos que se pueden consumir. La avalancha humana se convierte en centenares de brazos y manos que se estiran y toman cada una su vianda preferida. La consumen, rápida o lentamente, según las

circunstancias, y, luego de beber un vaso de agua con hielo, cada cual al salir, se acerca a la Caja y paga lo que ha consumido. Es decir, paga conforme a su buena fe. Porque nadie vigila y nadie pide cuentas, sino el cajero que recibe el consumo sin averiguar nada.

Muchos podrían salir sin pagar en aquel torbellino humano, puesto que es difícil la fiscalización. Sin embargo, todos hacen cola, pacientemente, cuando la rapidez del cajero no es tanta como para despachar luego a cada consumidor. Eso es todo. Nada más simple y descarnado. Pero en verdad, para llegar a esta confianza, a esta buena fe, a esta espontánea relación entre los hombres, se ha necesitado caminar a través de duras dificultades y de grandes tormetas. Ningún pueblo se forma sin combate de fuerzas desencadenadas en su seno y sin que al fin se erija, como norma de la convivencia, la lealtad para vivir con dignidad. Así como existe en aquel país el respeto por la jerarquía, el respeto por las figuras humanas que dan relieve o significación o grandeza al pueblo, el respeto a la persona humana, a la capacidad y a la inteligencia, existe también est aconfianza secreta entre los hombres, esta lealtad y buena fe, sin lo cual la vida se convierte en una cosa desagradable.

Vimos siempre, en Washington, penetrar grupos silenciosos al monumento de Lincoln, gente que iba a rendir su homenaje al padre del pueblo norteamericano. Los hombres, los niños, los soldados, las mujeres dan vueltas a la silla colosal, observan al padre, en su quietud como de descanso cargado de pensamientos, y luego salen en silencio. El no faltó a su palabra ni fué inconsecuente, ni engañó a los demás hombres. Cumplió con lealtad y devolvió la libertad a miles de hombres tal como lo había pensado después de maduro examen y tal como lo había prometido. El enseñó, entre otras cosas, a devolver el centavo, que se da de más, al comprador y a pagar el consumo, con buena fe, dondequiera que se realice la sencilla operación de comer para seguir luchando...

1943

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL "PADRE" LINCOLN

Entramos muchas veces al interior del monumento a Lincoln en Washington. Entramos con los soldados y la gente del pueblo, que nunca dejan de visitar el templo greco-romano, en cuyo interior está sentado, en la actitud del reposo reflexivo, el padre de la unidad norteamericana. La ancha entrada le permite ver la gran perspectiva en cuyo extremo se alza el obelisco de Washington. Lincoln parece que acaba de llegar de un largo y fatigoso viaje a través de los Estados de la Unión y se ha dejado caer en la gigantesca silla de brazos. Sus manos nervudas, las manos del campesino que labraron la tierra y derribaron los árboles de los bosques de Indiana, se apoyan en los brazos del sillón. Su mirada es bondadosa y penetrante, y es seguro que su corazón de padre late debajo del mármol. El rostro entero respira serenidad, esa serenidad que sucede a los largos esfuerzos y a los largos deberes cumplidos con honor y buena fe.

Después del asesinato, el cadáver de Lincoln fué paseado por todos los Estados de la Unión. Ningún homenaje superior a ese. Washington, la capital, había llorado la muerte brusca y terrible del gran ciudadano, pero toda la Unión, toda la Unión hecha por él después de una guerra sangrienta, quería contemplar por última vez los despojos del "padre", antes de entregarlos a la tierra. El labrador de los bosques, el obscuro agricultor marcado ya por el destino, volvió una vez más, ya muerto, a sentir la germinación de su tierra. Volvió a escuchar los golpes del hacha en los troncos recios de los árboles y se acercó de nuevo a la orilla de los ríos inmensos de la Unión. A través de esos ríos pasó muchas veces el joven Lincoln, cuando no era más que un ayudante de su padre, cuando no era más que un modesto ciudadano. Pero justamente por eso, para demostrar que todos podían llegar a ser los conductores de la democracia, con sólo saber comprender la justicia y ejercer la verdad, el cadáver del Presidente fué paseado a lo largo de la tierra americana. Las muchedumbres lo vieron pasar, silenciosas, mudas y sobrecogidas. Muchos lloraban. Por las mejillas curtidas de los labradores, se deslizaban las lágrimas. Labradores como él, que habían sufrido, como él, una

juventud de esfuerzo y de trabajos incesantes, comprendían que lo que allí pasaba, tendido en la caja, envuelto en la bandera, era uno de ellos, el más alto y el más bondadoso, el más humano y el más sencillo.

Se dirigía a los hombres como si fueran hermanos. En verdad, cada palabra de Lincoln tenía la unción de una parábola. La naturaleza le había dado el sentido práctico y místico a la vez de la vida. Su contacto con la vida de los bosques le había enseñado a ser humano. La gran voz de la naturaleza le había hecho comprender que el corazón del hombre necesita más que todo de justicia y que para dighnificar a un pueblo es necesario darle, con la libertad, el pleno goce de sus derechos.

No debemos olvidar que los comienzos de Lincoln fueron humildes. Los más humildes que pueden darse. Fueron así mismo los más honrados. Aprendió sólo a leer y a escribir, y aprendió solo, en el contacto de la vida, esa grandeza de alma que sólo se aprecia cuando se ha bebido su leche en la lucha continua y en el sacrificio incesante. Su madre, de gran espíritu, pero de precaria fortaleza física, le enseñó la profunda bondad. Sus manos tomaron muchas veces la cabeza generosa del adolescente para acariciar sus

espesos cabellos. Esas manos enfermas infundían al niño el gozo mayor del mundo. Recordó cuando ya era grande, cuando ya era el conductor, cuando ya era el Padre de todos, la bondad imperecedera de su madre. A ella lo debió todo. En verdad, era como la emanación de la tierra, y, por lo mismo, la tierra le levantó hasta el gran pináculo de su gloria.

Pocas vidas más edificantes que la de Lincoln. Las democracias sólo son posibles en la intensidad de su movimiento funcional, cuando están conducidas por hombres de este temple. No olvidan el pasado. Por el contrario, vuelven cada vez al pasado, para impregnarse con sus sacrificios y para evocar los días penosos y amargos del sufrimiento. Estos hombres que hacen de la honradez un culto inflexible, que no olvidan jamás los deberes humanos para con sus semejantes, que saben descubrir la verdad o la justicia aun en los más obscuros e insignificantes de los hombres que están bajo su tutela, cuando llegan a la cumbre parece que hiciera sólo breves minutos que dejaron los instrumentos de trabajo, el hacha, la sierra, los cordeles, el caballo... Tienen las botas puestas y las botas están llenas con el barro de los caminos. Se sientan en la silla en que se ordena y lo hacen como si estuvieran en

el sillón rústico del corredor de la casa de campo. Mueven sus manos con benevolencia firme y no hieren ni golpean. Por eso Lincoln hizo la unidad, libertando a los esclavos, sin herir sino lo que la fatalidad imponía que fuera herido. Era necesario, a costa de grandes sacrificios, hacer la unidad norteamericana. Y la hizo. Pero después perdonó todo, llamó a todos a su lado. Invitó a todos al silencio y al trabajo. Fué el Padre de la comunidad.

Su monumento en Washington es el templo de la peregrinación nacional. A toda hora se ven allí a hombres, mujeres, niños, soldados, turistas que se acercan al gran ciudadano y le contemplan en silencio algunos minutos, con la cabeza descubierta, y luego abandonan el recinto, con la misma recogida actitud con que penetraron. Es que aún emana, como de un espíritu oculto en el mármol, la gran bondad y la gran honradez. Parece que sus labios van a entreabrirse para pronunciar las palabras de la paz y de la serenidad y sus manos van a desprenderse de la silla para señalar a todos el cumplimiento de sus deberes. Su gran cabeza está inmóvil, pero su corazón late en todos los Estados de la Unión.

1943.

ASPECTOS DE LA DEMOCRACIA EN ESTADOS UNIDOS (1)

Son las virtudes de un pueblo pacífico las que saltan más a la vista del viajero que penetra en Estados Unidos. Cuando oíamos hablar de una probable prepotencia militarista, pensábamos en el desinterés de los grandes conductores de la demacracia norteamericana. Jamás habían abusado del mando y volvían, una vez cumplidas sus tareas, a la vida humilde. La vida humilde tiene allá un sentido distinto. No es la vida humilde de estas regiones, vergonzante o penosa, o apretada de urgencias y de angustias. Aquella es la vida de la paz productiva, del reposo fecundo. El americano sabe que la guerra traerá consecuencias gravísimas, y se prepara para afrontarlas. Sabe que la tarea no termina con el último disparo o con la rendición o la derrota del adversario. Esa es lo material. En lo que concierne al espíritu

(1) Este artículo fué publicado en 1943.

queda mucho que hacer y los caminos son difíciles.

Las ciudades, en verdad, están llenas de soldados y marinos. Pululan por todas partes. Están en todos los sitios: en los bares, en los restoranes, en las tiendas, en los cabarets, en los teatros. Llenan la vida de Estados Unidos y van y vienen sin reposo, como las hormigas por el tronco de un árbol. A todo provee el Estado. A todos da satisfacción inmediata. El Estado ha creado una máquina de guerra sencillamente formidable y la maneja con estricta sencillez. Mañana esos muchachos jóvenes, rubios, de ojos azules o de tez morena, altos, erguidos, alegres, con todo el aire que el ejercicio continuado da a esa raza, aire deportivo e infantil, irán a los frentes de batalla. ¿Cuándo serán llamados? Ellos no lo saben. Pero mientras suena la hora de la partida, se divierten, después de los entrenamientos continuos, en las ciudades afiebradas de tumulto. Este ejército improvisado está hecho de sorpresas. Ellos han crecido en las Universidades, en los estadios, en los campos de juego, en las usinas, en la vida de los negocios y en las oficinas públicas. No tienen grandes complicaciones y van del brazo, por la calle, con las mujeres ,amigas o camaradas. Las llevan abrazadas o van tomados de

las manos, con el aire de los escolares. Uno a veces se asombra un poco de esta forma viviente de la amistad sin recelos. Un muchacho alto, de esos que las mujeres llaman una linda figura, lleva por compañera a una muchacha fea, desabrida, con el tinte de la piel parecido al de las manzanas pecosas. Y camina orgulloso de su amiga, como si llevara a la mujer más hermosa del mundo. Y con ella penetra en el restorán o en el cine.

La sorpresa de este ejército democrático está no sólo en la eficiencia para el combate y para la técnica del combate, sino en la naturaleza misma de la presencia en las ciudades. El extranjero no puede disimular su asombro cuando en la calle asiste al encuentro de oficiales y soldados. No hay saludos. Nada de la rigidez automática, ni la insinuación de un paso de parada para llevarse la mano a la gorra tan común en los ejércitos nuestros y de otras partes, en el encuentro de un soldado con un oficial. Ellos apenas si se miran. Pasan rosándose, como si fueran los pobladores civiles que pasean en las calles. En los cafés, en los restoranes, he visto alternar a jefes y soldados, y he observado que ni siquiera se saludaban. Pero todos bebían juntos y reían juntos, bajo el mismo techo, todos revueltos, los

jóvenes con las muchachas y los de más edad, solos o en grupos, hablando despacio, sin ruido.

Y bien, esta democracia vive de estas virtudes. No podría ser de otra manera el ejército de esa democracia, cuya vida general está hecha sobre una común confianza. La vida tumultuaria, la vida del crecimiento, de la creación de un país tan gigantesco, les ha quitado de encima esta cosa recelosa y antinatural de los latinos. Son espontáneos, libres y sueltos. Se parecen a los niños y hasta los hombres maduros o más que maduros, conservan hasta bien entrados los años, el rostro sonrosado y juvenil, debajo de una cabellera blanca.

Pero en los campamentos la situación es distinta. Vimos los ejercicios una tarde, en un campamento improvisado de Miami Beach cerca de la playa donde tomaban el sol las mujeres casi desnudas, ostentando la maravilla de sus cuerpos finos, flexibles, armoniosos, tostados por el sol implacable. Y ellos en una explanada más alta, marchaban y contramarchaban, cargados sus cuerpos con los trajes verdes y las mochilas de guerra. Sonaban secas las voces de mando, entre el zumbido de los motores de los aviones que pasaban en patrulla, a corta distancia, pegados contra un cielo azul, casi de añil. Al caer la tarde,

terminados los ejercicios, volvían cantando canciones de guerra. Esta guerra es como una guerra de deportes, como un ejercicio alternado entre la responsabilidad y el amor a la vida. Esa raza que pobló el oeste, que edificó las grandes ciudades que levantó la arquitectura de los puentes más extraordinarios que pueden concebirse, que ha querido escaparse hacia lo alto en la línea de sus rascacielos, para no sentir el torbellino de las calles que afiebran, esa raza no podía dejar de crear este ejército de pura esencia democrática.

Por eso cuando oímos hablar del peligro militarista, una vez pasada la guerra, recordamos las calles llenas de soldados y oficiales, y el desinterés de los conductores de su destino. Soldados y oficiales han salido de la democracia y volverán a ella. Volverán para rehacer sus existencias interrumpidas por la guerra, para asistir al terrible llamado de las realidades de la post-guerra. Y este si que es el problema grave, la incógnita que pesa sobre todos. Porque se han movilizado millones de soldados. La vida ha sido trastornada, se ha alterado el ritmo natural de la comunidad y es preciso recoger de nuevo esos soldados, darles trabajo, incorporarlos a la vida que dejaron un tiempo. Porque si es cierto que

los pueblos necesitan a veces un golpe de profundidad para hacerlos sentir que no son meras máquinas, sino cuerpos dotados de una sensibilidad capaz de reaccionar y de entender mejor la vida humana, no es menos cierto que ese golpe de profundidad que es una guerra, crea, si no se previene a tiempo, los fantasmas feroces de la desesperación. La guerra no es tan sólo el campo de batalla. Es algo más, que está agazapado en el fondo de las ciudades y que se levanta de improviso para arrojar a los hombres unos contra otros en el pesimismo o en la revolución.

EL PERRO ESTRAFALARIO DE NUEVA YORK

Un perro estrafalario, ridículo, al menos para nuestro gusto, de hocico cuadrado, de color plomizo es el que ha detenido el enorme movimiento de la Quinta Avenida, en una de sus aceras más concurridas.

Este perro no quiere moverse, a pesar de los esfuerzos que gasta su dueña para que continúen el paseo. Es que también él es el amo de la ciudad y considera que tiene perfecto derecho para hacer su santa voluntad. Un corro risueño, movido por una curiosidad atenta, rodea al animalillo. Y él comprende que se ha convertido ahora en el centro del mundo. Todo está detenido por unos minutos en esa acera de la Avenida de las tiendas elegantes de Nueva York. Unos rostros originales están inclinados sobre el perro, y todos emiten opiniones acerca del valor y de las cualidades de ese ejemplar afortunado de la raza canina. En Nueva York hay una ciencia completa del perro. Hay hospitales y cementerios

para perros. Todos saben mucho de este problema, quizá mjs que de la misma guerra.

El ejemplar estrafalario que está en la acera levanta sus patas y saluda. Vuelve a bajarlas o a subirlas con movimientos rápidos y esta escena provoca o carcajadas o sonrisas de la más variada calidad. La dueña devuelve, entre agradecida y orgullosa, estas muestras de admiración. Nos ponemos a observar el círculo humano, cada vez más nutrido. Observamos esas cabezas atentas, esos ojos inquisidores, esos cuerpos de mujeres viejas o jóvenes de elegantes o de modestos empleados o gente de negocios que han interrumpido su paseo o sus actividades para entablar diálogos con los vecinos desconocidos sobre la realeza o el origen o los antepasados de este rey de la ciudad. El rey baja los ojos como avergonzado de tanta curiosidad y los levanta luego en una especie de desafío. Tiene también su técnica, su "savoir faire". La dueña insiste en llevarlo, y tira de la cuerda. Pero todo es inútil. El rey se ha taimado. Al fin y al cabo él es también un ser vivo y conoce su precio.

Un niño que pasa llevado en su cochecito no causa tanta admiración como la que provoca este perro estrafalario. Una mujer bellísima, de andar desenvuelto, de líneas ejemplares no arras-

tra ni a los hombres ni a otras mujeres a una admiración tan ciega y tan rendida como la que despierta este perro, para nosotros, ridículo, pero sin duda muy valioso, de pelaje cuidadosamente aderezado en la mejor peluquería de perros que sin lugar a dudas se conoce en el mundo. Porque si hay aquí hospitales magníficos de perros, no es raro que existan peluquerías esplendorosas. Porque hay que ver el trabajo complicado que tiene la "toilette" de un perro neoyorkino. Los hemos visto estupendos en Central Park, lugar de cita y de paseo de los ejemplares más extraordinarios de esta ciudad.

La otra noche en un restorán, todos suspendieron la comida para ver la entrada graciosa de uno de esos perros que nosotros llamamos quiltros. Un matrimonio septuagenario lo acompañaba. El caballero tiraba de la cuerda o era tirado por la cuerda. Lo mismo da. Comensales y mozos no estuvieron tranquilos mientras el perrito no halló cómoda y adecuada ubicación. Todos le hacían cariños o le lanzaban zalemas. Claro es que nosotros miramos a las mujeres jóvenes que había en el restorán; miramos sus cabezas rubias y fascinantes y encontramos que todas reían pendientes del perro.

Pues bien, este perro de la Quinta Avenida,

detenido frente a una de las vitrinas más lujosas de la ciudad, simboliza el espíritu de una ciudad que con sus siete millones de habitantes, está surcada de soledad. Y nada hay más extraordinario que un perro para estas gentes apresuradas que caminan como cifras en medio del más gigantesco hacinamiento humano que puede concebirse. Nueva York resplandece en su colmenar humano. Pero hombres y mujeres se sienten solos. Los hombres se sorprenden a veces, caminando rápidos, sin saber por qué. Esta ley tumultuaria define un poco esta tristeza del espíritu que no tiene dónde asilarse, porque no hay aleros, sino líneas rectas y desafiantes. Miramos las cifras humanas y no sabemos adónde van, miramos sus calles interminables, altas y estrechas algunas como desfiladeros, con un lejano y minúsculo punto de cielo al fondo, y no sabemos qué destino palpita en esos miles de puertas y ventanas.

Y sin embargo, esta ciudad monstruosa, que asila a los hombres de todas las razas y colores, que tiene un comercio imposible de abarcar y definir, que parece un torrente precipitado, es tierna, es dócil, pacífica, sonriente frente al más humilde de los perros. Todos parecen niños junto a los perros y todos van con un perro de la mano,

al cual miman y cuidan con delicadezas femeniles. ¿La guerra quizá? En gran parte. Pero la soledad también. Nada hay tan dramático como esta soledad entre millones de almas. Nada más impresionante como esta huída del ser hacia sus inextricables actividades, poseído de un frenesí que asusta a quienes no tienen la familiaridad de estos torrentes humanos, despeñados de los edificios o trepados en la misma forma, con la potente energía de la máquina. Miles de seres, millones de seres pasan rozándose, sin conocerse, sin saludarse, como si fueran los viajeros hacia un destino desconocido, o los tripulantes de un inmenso barco sin matrícula. Sólo el perro, el perrito ridículo o estrafalario, el perro lanudo o suntuoso o mayestático que lleva de la mano un hombre desaprensivo o una mujer elegante o una dama madura, de rostro enigmático, es el único que hace volver el rostro en la calle y el único capaz de detener en una acera el caudaloso movimiento humano.

1943.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA SOLEDAD EN NUEVA YORK

Tuvimos muchas veces en Nueva York la impresión concreta de las grandes soledades. Es extraño razonar de este modo en medio de un tumulto humano compuesto por siete millones de habitantes. Sin embargo, en ninguna parte comprendimos mejor que en esa babel la angustia del hombre solitario que parece huir de sí mismo o de los demás, en una fuga sin término. No existe allí la familiaridad humana, el don de la intimidad espiritual. Las grandes ciudades son monstruos que fatigan y enloquecen.

Vimos muchas veces en los bares mujeres solas que bebían acodadas a los mesones, hasta embriagarse. Eran mujeres jóvenes cuyo destino, por cierto, ignorábamos, pero cuya presencia era para nosotros una realidad impresionante. Nadie las molestaba. A nadie se le ocurría indigar el obscuro designio que les llevaba a mezclarse con los hombres que bebían. Y cuando estaban hartas de bebida, cuando ya no podían más con su

humanidad, salían tambaleándose del brazo de alguno de los parroquianos que las guiaba sin mayor compromiso, hasta dejarlas en un sitio seguro. Pero todo está, en esos centros gigantescos, medido, catalogado, distribuído, para hacer fácil la vida de los habitantes. Todo se puede encontrar a la mano. Todo es susceptible de ser gustado o adquirido. El mundo que fluye como un torrente desde todas las casas o que acude desde todos los extremos hacia un punto determinado o hacia ninguna parte, lo hace como si obedeciera a un oculto resorte, a una voluntad invisible, pero poderosa. Todos esos perros que pasean guiados por hombres y mujeres, y que llenan los parques o cruzan por las aceras, parecen condensar más que cosa alguna esta dramática sensación de soledad. El hombre y la mujer buscan el amparo de un ser débil para no sentirse tan solos en medio del tumulto. Los perros compensan de esta vida vertiginosa que es la calle torrencial y caótica, de estas flechas edificadas que se lanzan hacia lo alto como en persecución de algo imposible de abarcar; de esos puentes colosales que unen barrios inmensos y que están tendidos como monstruosas telas de araña sobre el terrible vacío. También esas mujeres

que beben quieren, sin duda, aturdir su soledad...

A veces asalta el deseo de oír el llanto de un ser humano, por lo menos la manifestación física del dolor. Se devoran calles y avenidas, se trepan rascacielos interminables, se penetra en los grandes almacenes, se buscan los rincones del cine o de cualquier teatro en demanda del latido providencial del corazón, y no se oye más que el mismo ritmo acelerado, la misma trepidación metálica de las máquinas, el crujido de los cables de acero que funcionan sin cesar, el rezongo de los trenes que pasan bajo nuestros pies, en los subterráneos, a velocidades fantásticas.

Y siempre lo que resalta es el perfil endurecido por la lucha material contra el adversario más formidable: el dinero. Hay que dominarlo como sea. Y en esta batalla sin cuartel pierde el ser humano sus características más esenciales. Se convierte en una cifra más; una cifra que camina a veces sin saber adónde va, con la carga a cuestas de su propio contrasentido. La civilización mecánica es ciertamente una cosa maravillosa; pero es, al propio tiempo, una condenación que impide el regreso a las fuentes espirituales o, por lo menos, tritura la calma para el ejercicio de la vida interior. Se comprende que las

iglesias católicas y las iglesias protestantes se vean invadidas por enormes muchedumbres que van allí a orar o a olvidar el duro dominio de la ley material. Hombres jóvenes, ancianos, mujeres de todas las edades llenan los templos y siguen con ejemplar devoción los ejercicios religiosos. En las iglesias católicas hay escaparates materialmente cubiertos de velas encendidas, ruegos y votos que se colocan allí en homenaje a los muertos de la guerra, o bien en súplicas de favores divinos.

Porque las jornadas son agotadoras. Sea como fuere, cada mañana se comienza el mismo suplicio de la vida agitada. No hay hombres parados en las esquinas ni en las aceras en la función tan latina de echar piropos a lasmujeres que pasan. Es preciso andar. Es preciso ir a alguna parte, realizar algún comercio, activar algún negocio, proyectar un nuevo tormento para acelerar la vida o para justificarla. Si la guerra es la violencia organizada, la dominación técnica, esta batalla diaria en la ciudad monstruosa es el combate más encarnizado contra el espíritu. La vorágine devora las energías. A las siete de la tarde todo el mundo está en los restoranes, acelerando su función de engullir. Las sobremesas son cortas porque es necesario dar lugar a

los que esperan. La noche cierra todas las ventanas de los departamentos en los cuales está derrumbada en brazos del sueño, esa humanidad que durante todo el día ha trabajado en los más inverosímiles quehaceres.

Es evidente que la máquina domina sobre el hombre. Pero no es posible dejar que la máquina domine. Durante veinte días vimos levantarse a uno de estos hombres que ocupaba un cuarto en el edificio que estaba frente al Hotel en que vivíamos. Durante veinte días vimos, a la misma hora, realizar a ese hombre los mismos actos mecánicos, en la función simple de vestirse. Parecía un autómata. Este funcionario, porque seguramente lo era, empleaba el tiempo exacto del día anterior, daba los mismos pasos y pasaba y volvía a pasar detrás de la ventana con la misma regularidad de siempre. Sentimos la impresión que causa el ritmo de un émbolo en una máquina en movimiento.

Se dirá que esto es pueril. Pero es que como aquel funcionario vimos otros en los cuales faltaba ese soplo tenue, inmaterial, que es la fuerza de la vida en plenitud de espíritu, y que liberta al que la mantiene de las realidades minúsculas y agotadoras. Ciertos hombres producen el efecto de los tornillos o el de las piezas ajustadas

a un mecanismo central que los impele a moverse.

Las ciudades como Nueva York demuelen el corazón en una continua embestida. No es extraño que la soledad esté allí aposentada en todos los rincones. La soledad del hombre que camina entre millones de hombres, o la soledad de millones de hombres que no pueden desprenderse del imperioso dominio de la ciudad afiebrada por la lucha. Muchas veces, ya bien entrada la noche, solíamos mirar desde nuestro aposento, a la distancia, un rascacielo negro, lejano, en medio del océano de sombra. En aquel edificio de sesenta pisos siempre había una sola ventana iluminada. Un solo cuadrado amarillo en el espesor de aquella masa altiva que pugnaba por alcanzar las estrellas. Parecía un ojo vigilante o un alma en pena. Lo que fuere. Era como el soplo de un espíritu que se había encaramado allí, lejos del vértigo, para saborear el silencio o para saborear la soledad verdadera, la que permite al hombre sentir que es algo más que el simple ciudadano que se agita cargado de sobresaltos y de inquietudes en la vorágine de la lucha por el dinero.

1943.

LOS NEGROS EN NORTEAMERICA

Una noche nos internamos en algunos cabarets del llamado barrio latino o bohemio de Nueva York. Nos guiaba ese chileno tan afable e inteligente que es Armando Zegri. En un antiguo café, en el que antes se reunía la vanguardia comunista, asistimos al triunfo de la m-sica negra. Todas las parejas que bailaban esa noche eran blancas y la orquesta estaba compuesta por negros corpulentos, con hileras magníficas de dientes. Sonreían con su modo tan peculiar, como si el rostro se bañara en tristeza. Allí el jazz tiene la interna lubricidad de un rito pagano. Se toca para los blancos lo más típico de esa música endiablada, y no obstante cruzada a ratos por una ráfaga melancólica. Vimos bailar a una mujer de ébano una danza del sur, la danza de los Estados negros. Sus piernas desnudas eran columnas y su torso una línea sin quebraduras, lleno de la vitalidad elástica de las mujeres de su raza. Una escultura movible. Danzó un largo tiempo

entre la admiración circular de los parroquianos. Había soldados como siempre, muchachas jóvenes bellísimas, coronadas sus cabezas por cabelleras rubias, parejas de todas las edades. No hay edades en Estados Unidos para la diversión. Nada de esta ansiedad de los americanos del sur que imaginan que la juventud termina a los 40 años y luego se derrumban en la tristeza sin motivo y en la desesperación. El baile de la mujer de ébano tenía la doble sensación de la angustia y del placer. Pero no había nada que sugiriera pensamientos lúbricos.

Luego entraron en la pista dos negros vestidos como campesinos, con sombreros de paja de anchas alas caídas sobre los rostros. Se sentaron en el suelo y acomodaron entre las rodillas, sus tambores ovoidales. Comenzó un diálogo imposible de describir. Golpeaban con la palma extendida sobre los tambores. Golpeaba uno y respondía el otro, con golpes rítmicos. Insistía el primero con más fuerza y luego el segundo replicaba, aumentando los golpes. Bajaban el tono para subirlo de nuevo. Golpes monótonos, el tamtam angustiante, continuo, precipitado de los bosques; la llamada o la señal entre las ramazones espesas a largas y fantásticas distancias. Aquel tam-tam crispaba los nervios, pero prose-

guía sin descanso entre roncos golpes sucesivos de cada uno, según el sentido del diálogo. Por fin terminaron bajando poco a poco el tono hasta hacerse casi inaudible....

Los blancos que oían estaban inmóviles y como alucinados. Hay este sueño en algunos norteamericanos, esta cosa de admiración a la vez ingenua y pueril. Parecían conscientes de que sólo para ellos tocaban esa noche esos negros a los cuales toleran sin quererlos. Apareció en seguida un cantor negro con su guitarra, un mocetón robusto, de cabellera ensortijada. Todo él relucía como el betún. Y cantó la melancólica canción de un sueño en las regiones distantes del sur. Un sueño de pasión y de tristeza. Su voz era como un terciopelo, baja y grave. Parecía nostalgia y abandono. En el fondo de aquella voz palpitaba toda la historia de la soledad negra...

Después comenzaron a danzar las parejas de blancos. Las muchachas rubias colgadas del cuello de los soldados o de los civiles, con las cabezas juntas o bien dando brincos en la pista, sin separarse, ondulando las mujeres como serpientes quebradas. Todo el enloquecido frenesí del baile que azuzaba la orquesta entre los gritos y las interjecciones, como aullidos, de los tocadores Y la risa, la ancha y blanca risa de los negros,

la risa como de triunfo, como de dominación sobre ese pequeño mundo vertiginoso que allí estaba sometido al estridente ritmo de la música, brillaba como un resplandor en la penumbra de la sala.

En ese cabaret había promiscuidad blanca y negra. Cosa no siempre posible en Norte América. Los blancos rehuyen la cercanía del negro. Pero el negro, está en todas partes. Se ven las mujeres opulentas y las mujeres flexibles. Hombres de gran corpulencia o los chicos raquíticos, semidesnudos, con sus cabezas motudas y sus dientes brillantes entre los gruesos labios. Lo que más ha acercado a estas razas es la música. Y sin embargo qué profundas barreras se abren entre los pigmentos blancos y obscuros. Una tarde penetramos en el barrio de "Harlem", en pleno corazón de Nueva York; 400 mil negros viven allí detrás del Central Park, con sus tiendas, sus restoranes, sus cabarets, sus almacenes, sus escuelas y palacios. Lo grande en estas ciudades libres es precisamente esta naturalidad de la convivencia. Una ciudad metida en otra ciudad. Y las calles de "Harlem" están cruzadas por hombres y mujeres negros. En las aceras juegan los chicuelos negros, y las tiendas y almacenes están servidos por empleados negros. Damos unos pa-

sos y nos encontramos en pleno dominio blanco, en el sector blanco, con gente rubia, con autos y carruajes servidos por hombres blancos.

Pero en los sectores blancos la nota negra tiñe a cada paso la tranquila existencia de los norteamericanos. La guerra ha impuesto sacrificios de toda clase. Y así como nadie protesta y todos colaboran a la gran causa, del mismo modo el hondo divorcio racial se atempera con las urgencias y necesidades de la situación. Los negros sirven a la mesa. En los restoranes mientras al andar iueven las caderas, llevan en su mano en alto las bandejas con vasos de agua con hielo. Sonríen como extasiados. Es la sonrisa persistente del negro. La sonrisa inexplicable como venida desde un remoto país que los espera o como si fueran a alguna parte que sólo ellos conocen. La guerra los ha traído desde las grandes plantaciones del Sur a las regiones más frías del norte. La guerra es la gran devoradora de orgullos y la gran caldera en la que se baten los más complicados e imprevistos problemas. Los negros lo saben, como lo saben los blancos.

Ha desaparecido en parte, según supimos, el áspero rencor de otros años. Una dama norteamericana expresó una vez que a ella no le importaba desnudarse delante de un negro, porque

no lo estimaba un hombre. Esto revelaba el estado de ánimo de aquella sociedad. Pero han ocurrido otros fenómenos de solidaridad que permiten ahora un aflojamiento de la tensión racial, sin que ello excluya el permanente fondo de descontento que se adivina en innumerables detalles. Vimos en muchas partes anuncios que dicen: "COLORED LUNCH ROOM", en oposición a los simples LUNCH ROOM para blancos. Algunos bus no llevan sino negros como pasajeros y hay también vagones del ferrocarril que hacen lo propio. Muchos negros sirven en el ejército. Es la ley y es la necesidad. Pero leyes y necesidades, contactos y formas de vida transforman lentamente la fisonomía social, el contenido humano, la naturaleza de las relaciones. La atracción del sexo está contenida en los límites severos que impone el instinto, la sensibilidad de la piel. Sólo que a veces la piel olvida y el instinto desborda sus fuerzas...

Entretanto van y vienen. Las mujeres de los ascensores, las que sirven en los hoteles, las que trajinan por las calles tienen todas un aire de ausencia. Algunas visten trajes vistosos, se cubren de pieles y levantan sus cabezas tocadas con airosos sombreros. Otras muestran su pelo liso o bien ondulado como el de las blancas. Un

negro descubrió el sistema y ahora es un multimillonario. Para igualarse a sus rivales acuden a las peluquerías en que se emplea la fórmula descubierta por el negro. Se deshacen las motas mediante un complicado y largo trabajo y salen luego a la calle con sus cabelleras onduladas. Ya no se ven esas cabezas como de astrakán. Han aprendido el arte de convertir el caracol de la cabellera en un pelaje liso. Como la cabeza era un duro distintivo, quieren ahora borrarlo. Y en gran parte lo han conseguido. Algunos negros altos y erguidos caminan como príncipes destronados. Otros, los más jóvenes, muestran su elegancia decorativa. Visten con pulcritud y usan corbatas llamativas.

La democracia norteamericana, que sigue su camino con el paso rítmico y apresurado del progreso, oye como en la distancia, sus cánticos y el rumor de sus voces que recuerdan el zumbido de una enorme colmena...

1943...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

UN MUNDO FANTASTICO...

Abandonamos MIAMI, último puesto de la costa de Norte América, hacia el Sur, a la vera del Golfo de México, con las primeras luces del alba de una día de Noviembre de 1943. Es el regreso a nuestra tierra. Hemos visto en un rápido pasar algunas de las cosas y hombres más interesantes de ese vasto país de Lincoln. Largas y extensas praderas en la Florida y ríos azules inmensos acompañaron, durante largas horas, nuestro camino hacia el continente sur. La naturaleza vuelve a hacerse presente en nuestro espíritu. Volvemos a encontrar las islas verdes del mar de las Antillas: Cuba, Jamaica, Haití. Desde la altura divisamos rectángulos de esmeralda, caminos como líneas rectas, chozas y palecetes diseminados entre los tabacales y las plantaciones de azúcar.

El mar ciñe con una fimbria de espumas diáfanas el contorno irregular de las islas. El "Cliper" empuja su voluntad trepidante en enviones tenaces hacia las nubes. 5 mil, 10 mil... 18 mil

20 mil pies de altura. Estamos ya encima de un mar distinto; un mar desconocido. Hemos dejado abajo el mar de las islas esmeralda y bogamos sobre otro como hecho de montañas de algodón o de grandes depósitos de espuma blanca. Sabemos que el mar está debajo del piso de nubes. Encima de las nubes hay todavía otro techo vago e infinito. Un techo azul, de un azul evanescente. A veces por entre los desgarrones divisamos abajo, a una distancia fantástica, un lago azul, remoto, apenas irisado por una, al parecer, ligera brisa. Es el mar de las Antillas. Luego lo perdemos de vista. Y otra vez las nubes blancas, o sombrías o negras, apelotonadas en el horizonte, en un confín inaccesible, en un mundo fantástico cuya existencia no sospechan los hombres de la tierra que no han ganado esa altura.

El viento barre y disgrega esos apelotonamientos de nubes. Hace y rehace las formas inverosímiles, los contornos irregulares, las monstruosas testas mitológicas. Construye palacios, caminos, sendas imprevistas, ensenadas inmensas, puertos solitarios, y empuja en un ímpetu irrefrenable, grandes ejércitos de monstruos que van como empujados por una fuerza potente.

A veces a un costado de aquel mar, se alza lentamente, la mole negra de un cerro y al pie

una explanada extensa. Sobre la explanada está erguido por un capricho del viento, un ser gigantesco, de ancha cabeza. Por delante del monstruo, un poco más abajo de la explanada, comienzan a desfilar los interminables cortejos de seres fantásticos. Son nubes esculpidas por el viento, nubes heladas, que pasan y pasan en un lento avance hacia lo infinito. Ese mismo viento que las acumula y que cruje contra las alas del avión, golpea los flancos del cerro negro y empieza a roer la materia ingrávida, a desflecarla, a deshilacharla y arranca la cabeza del gigante, luego arquea el cuerpo como en una actitud de súplica y por fin desbarata todo ese escenario de fugaces reyecías... Una masa gelatinosa, sobre la cual se yerguen pequeños copos blancos de espuma, pasa velozmente frente al derruido escenario y vuela hacia la lejanía...

Y bien, este mundo vuelve a rehacerse en la infinita gradación de la luz. Algunas llamaradas de oro penetran en el espesor de las masas de nubes y decoran con vívidos reflejos el océano de algodón. Los motores rugen en el vasto silencio. Vamos a una velocidad fantástica y no lo advertimos. De pronto el "cliper" parece sacudir su potente armadura como un ave que va a plegar las alas y desciende unos cuantos miles de pies,

en un rápido despeñamiento... Los pasajeros se miran, mudos de espanto. Pero nada ocurre. El avión se desliza ahora sereno sobre el mar de las Antillas. Hemos dejado arriba el mundo desconocido de las nubes y vamos ahora sobre la lámina azul, lisa, dominante, líquida, limpia del mar de las islas verdes. Ahora podemos ver retazos de la isla de Jamaica. Ahora podemos ver sus campos verdes cruzados de caminos, sus chozas y sus plantaciones. El oleaje lejano se deshace en los acantilados de la isla. Ciñe el negro silencio de sus costas montuosas, con el insistente abrazo de las espumas.

Sobre la selva ecuatorial, hirsuta y sobrecogedora, se produce el mismo fenómeno. El avión gana la altura y se desliza sobre el mundo de las nubes para evitar las tempestades del trópico. Este mundo es aun más fantástico que el de las Antillas, porque parece que la selva exhala el sopor de sus embrujantes soledades. Las nubes asumen colores que la fantasía es incapaz de concebir. Son los colores envenenados de un verde de algas o bien las lacas finas, o el añil letárgico, el oro bruñido y explendente de los ríos líquidos y amarillos. Hay como grandes masas de bosques derruídos, detrás de los cuales, emerge la descomposición de la luz en infinitos tonos, en desga-

rraduras de porcelana, en esquirlas verdes que flotan sobre un mar de oro, o sobre lagos como hechos en el cuenco de una piedra preciosa, de enorme volúmen. Es tan profunda la imágen de esta vida misteriosa y tan cercana, a veces, al mundo de lo material, que el espíritu se sobrecoge como si caminara al borde de un paisaje en la superficie de la tierra. Y sin embargo la tierra está a diez mil pies en lo profundo de la selva verde y crispada, que no alcanzamos a divisar.

Sobre estos pabellones superpuestos de nubes gigantescas o de grandes cortinajes o de sendas que se internan entre macizos de montañas ingrávidas, el viento galopa con furia devastando y deshaciendo todos los rincones, todos los abultamientos, todos los senos anchos y redondos hasta afinarlos o liquidarlos o hacerlos desaparecer o convertirlos en plumillas blancas o negras que huyen y desaparecen, desvanecidas.

Una noche conversando con Félix Nieto del Río, en Panamá, hablamos de este mundo misterioso que está encima o a ras de los viajeros de un avión, que no tiene aplicación posible en la realidad, que es tan fugaz y tan indeciso y tan presente siempre como el mundo real.

Los viajeros que han cruzado en aviones, largas distancias, sobre el mar o sobre las selvas

han tenido oportunidad de ver este fenómeno admirable del mundo viviente corporizado por las nubes y el viento. Este mundo es tan terrorífico como ingenuo y está formado por los seres que sólo una imaginación afiebrada sería capaz de crear. Nuestro intento no tiene sino una explicación: dejar una nota, al pasar, para tentar la curiosidad de otros con mejor fortuna, en la descripción de ese fluctuante cosmos lleno de personajes y si nembargo apenas existentes o por lo menos rápidamente desvanecidos, que se mueven con solemnidad fantasmal, que jiran como en un vértigo o que están en ocasiones, inmóviles, como si contemplaran, frente a ellos, el paso de un tiempo y de una humanidad distintos de los nuestros.

Nada hay que se parezca a esto sino la pesadilla de los monstruos que crea la fiebre.

1944—Santiago.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

Tiempos de tormenta 7

Algunas imágenes de la vida Norteamericana

Ir y venir 89
La vida de los sexos. 95
Dos parejas de tordos 101
Un pequeño detalle 113
El "Padre" Lincoln 119
Aspectos de la democrácia en Estados Unidos . 125
El perro estrafalario de Nueva York 131
La soledad en Nueva York . . , ... 137
Los negros en Norteamérica 143
Un mundo fantástico 151

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL 17 DE DICIEMBRE DE 1945,
EN LOS TALLERES DE LA
IMPRENTA MEDITERRANEA, Av. MATTA, 320
SANTIAGO DE CHILE